

# Belgrano

EL HUÉRFANO DE MAYO

Horacio A. López



**DLG**  
DESDE LA GENTE

# **Belgrano**

EL HUÉRFANO DE MAYO

Horacio A. López

**DLG**  
**DESDE LA GENTE**

Título: **Belgrano. El huérfano de Mayo**

Selección: **Horacio A. López**

Primera edición

Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.  
Corrientes 1543 (C1042AAB) Buenos Aires – Argentina  
www.imfc.coop

Director Editorial: **Javier Marín**

Diseño: **Clara Batista**

Arte de tapa: **Ernesto Pereyra**

© 2020 – Desde la Gente – Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos C. L.

Hecho el depósito Ley 11.723

Libro de edición argentina

López, Horacio A.

Belgrano : el huérfano de Mayo / Horacio A. López. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Desde la Gente, 2020.

128 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-950-860-316-6

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. I. Título.

CDD A863

Este libro se terminó de imprimir en junio de 2020 por GS Gráfica  
Charlone 958, Avellaneda, prov. de Buenos Aires, Argentina



# Belgrano

EL HUÉRFANO DE MAYO

Horacio A. López



**DLG**

DESDE LA GENTE



*a Nico*



*Sepan que hallo más admirable  
más imponente,  
más misterioso y grande  
un hombre al que le impiden avanzar,  
un hombre al que se carga de cadenas.*

Nazim Hikmet, *Microcosmos*

## **Yatasto**

En la antigua posta del camino real junto al río Yatasto, en una tarde esplendorosa de sol y clima grato, desmontó a la sombra de un quebracho colorado. Mientras iba al encuentro de Pueyrredón para recibir el mando de un ejército diezmado y agónico, se preguntó por qué había aceptado el cargo de General en Jefe del Ejército Auxiliar del Norte. Dejó su cabalgadura en manos de un asistente mientras en los árboles zureaban las palomas en un coro de bienvenida. “Lo mismo me pregunté cuando acepté ponerme al frente de la Expedición al Paraguay, aunque entonces las razones eran la Patria y las demandas de Moreno cuando el gobernador del Paraguay, Bernardo de Velazco, envió sus milicias sobre Corrientes”. Las respuestas seguían siendo las mismas y Belgrano las sabía: ya no existía Mariano Mo-



reno pero subsistían las necesidades de la Patria. “La revolución agoniza en el norte”, le dijeron y él lo creía. La razón de la Patria la entendía y le surgía sin necesidad de que se la dijeran, aunque no comprendía por qué en su momento no había pensado la Junta en un militar veterano. “De confianza revolucionaria no lo tenemos, Manuel”, le respondió Mariano cuando se lo preguntó. No estuvo de acuerdo. La razón de nombrarlo al frente de la expedición al Paraguay por haber hecho la experiencia militar durante las invasiones inglesas a Buenos Aires le resultaba ridícula...

Pensó: “Cuando entró el general Beresford en Buenos Aires, con mil cuatrocientos y tantos hombres en 1806, entonces hacía ya diez años que yo era capitán de milicias urbanas, más por capricho que por afición a la milicia; no me había preocupado de aprender algo del arte militar durante todo ese tiempo”.

Días antes de la aparición de los ingleses el virrey Sobremonte le había pedido que formase una compañía de caballería de jóvenes vinculados al comercio, para lo cual le daría oficiales veteranos para la instrucción. Belgrano los buscó pero no los encontró porque era mucho el odio de los jóvenes a la milicia española en Buenos Aires. Nadie quería arriesgarse con los “colorados” acercándose. Manuel recordaba mientras iba caminando al encuentro de Pueyrredón: “Cuando se tocó la alarma general, conducido por el honor volé a la Fortaleza; allí no había orden ni concierto en cosa alguna, como debía suceder en grupos de hombres ignorantes de toda disciplina y sin subordinación

alguna; allí se formaron las compañías, y yo fui agregado a una de ellas, avergonzado de ignorar hasta los rudimentos más triviales de la milicia”. La intención de resistir estaba, pero el resultado fue desastroso, más allá de algunas escaramuzas dispersas, y Beresford terminó apoderándose de Buenos Aires.

“Nunca sentí más ignorar los rudimentos de la milicia. Todavía fue mayor mi incomodidad cuando vi entrar las tropas enemigas y su despreciable número para una población como la de Buenos Aires. Para no tener que subordinarme al invasor huí a la Banda Oriental y recién regresé cuando nos liberamos de los expresados enemigos.

“Mis paisanos, creyendo hacerme un favor que no merecía, me eligieron sargento mayor. En este estado y por si llegaba el caso de otro suceso igual al de Beresford, u otro cualquiera, de tener una parte activa en defensa de mi patria, tomé un maestro que me diese alguna noción de las evoluciones más precisas y me enseñase por principios el manejo del arma. Todo fue obra de pocos días: me traje como debía, con el desengaño que había tenido en la primera operación militar, de que no era lo mismo vestir el uniforme de tal, que serlo.

“Tomé con otro anhelo el estudio de la milicia y traté de adquirir algunos conocimientos de esta carrera, para mí desconocida en sus pormenores; mi asistencia fue continua a la enseñanza de la gente. He aquí el origen de mi carrera militar, que continué hasta la repulsa del ejército de Whitlocke en el año 1807, en la que hice el papel de ayudante de campo.

“¿Y a Moreno le pareció eso suficiente como para que yo comandara la Expedición al Paraguay, y ahora al Triunvirato le parece valioso antecedente como para que me haga cargo del Ejército Auxiliar del Norte? ¿Estaré aquí por descarte? ¿O quieren seguir teniéndome lejos de Buenos Aires?”

Ya Pueyrredón se preparaba para darle un gran abrazo. Estaba a pocos metros de él y decidió desechar, por ahora, sus pensamientos. Todo estaba en quietud ante la tropa formada. Belgrano caminaba al encuentro de Pueyrredón y de su destino y solo un perro vagabundo, rengueando, lo seguía como queriendo escoltarlo ante la aparente falta de voluntad de hacerlo de sus propios soldados.

Sonrió a Pueyrredón, quien se encontraba bajo el alero sostenido por horcones, y fue derecho al abrazo. Era el 26 de marzo de 1812.

Pueyrredón le entregaba los restos del ejército sobreviviente del desastre de Huaqui, compuesto por hombres desmoralizados, sin disciplina, con pocas armas. Belgrano imaginó el trabajo que le aguardaría en Salta, donde pensaba acantonarse... Sabía que el Alto Perú venía sublevándose históricamente desde Túpac Amaru y Túpac Catari, hasta quienes fueron sus continuadores, los indios y mestizos que lograron el primer grito de independencia allá en Chuquisaca. O sea que había antecedentes de rebeliones contra el poder establecido. Eso podría ser un factor a favor en cuanto al reclutamiento entre la población.

Por el lado realista, el virrey del Perú, Abascal, le había dado órdenes precisas a quien promoviera a general en jefe

del ejército expedicionario, José Manuel Goyeneche, de posesionarse del Alto Perú.

## **En Salta**

Belgrano asentó el grueso del ejército en la localidad de Campo Santo, a menos de cincuenta kilómetros de la ciudad de Salta; él y su Estado Mayor se instalaron en la capital. Campo Santo era un lugar ideal para que la tropa realizara los ejercicios necesarios para adquirir aptitud para el combate. Utilizó barracas allí instaladas para dormitorio de oficiales y depósitos de armas, pertrechos y forrajes. La tropa dormía en sus carpas y para la caballada se construyeron corrales adecuados. La ciudad de Salta era conveniente para las comunicaciones, envíos y recepción de chasquis con informaciones, organización de la logística, fabricación de piedras de pedernal para las llaves de chispa de los fusiles, balas esféricas y botes de metralla para los cañones; y lo principal, el reclutamiento de voluntarios para nutrir al ejército.

Salta era una pujante ciudad colonial del norte del virreinato. El Cabildo, símbolo del poder, había sido construido en 1626. Era un edificio majestuoso de dos pisos, con muchos arcos y galerías en cada piso, una torre y un amplio patio interior. La base principal de su economía era la venta de mulas para la insaciable actividad minera en el cerro Potosí, ganado vacuno y el forraje necesario. También existían importantes casas comerciales, artesanos del trabajo en plata y la industria del tejido: ponchos, fajas, frazadas.

En ese enclave en el norte asentó su Ejército Auxiliar Manuel Belgrano.

Instalado en una hermosa casona del centro de Salta, leía en su despacho los informes que había solicitado sobre el estado de las fuerzas que comandaba. Cada tanto miraba por el ventanal preocupado por la lluvia que arreciaba; se preguntaba si en Campo Santo todo el ejército estaría guarecido, ya que sabía que no contaban con carpas para todos. Lo tranquilizaba pensar que su segundo, Eustoquio Díaz Vélez, habría tomado cartas en el asunto, ya que juntos habían comentado el tema al visualizar allí unos barracones comerciales que podrían servir para alojar a parte de sus hombres.

El informe que leía mostraba un resultado calamitoso: su tropa sumaba unos mil quinientos hombres, de los cuales dos tercios eran de caballería y solo seiscientos contaban con armas de fuego. No todos sus oficiales poseían sables y los de a caballo portaban lanzas como armas principales. Ni hablar de los uniformes, casi inexistentes. Tenía muchas dificultades que encarar: reorganizar a los oficiales, disciplinar la tropa y dotarla de aptitud de combate, conseguir pertrechos, alimentos y forrajes. Le había escrito a Rivadavia: “¿Se puede hacer la guerra sin gente, sin armas, sin municiones, ni pólvora siquiera? Usted me ha ofrecido atender a este ejército; es preciso hacerlo y con la celeridad del rayo, no por mí, pues al fin mi crédito es de poco momento, sino por la patria”.

Golpearon la puerta del despacho y entró el teniente Tobías Cabrera, uno de varios ayudantes todo oficio del general.

–Se encuentra aquí el teniente coronel von Holmberg –informó el teniente–. Dice que tiene una audiencia con usted.

A Belgrano se le iluminó la mirada. Estaba esperando la llegada de ese personaje. Mientras lo aguardaba, tomó de su portapliegos la carta del gobierno en la que se designaba al alemán von Holmberg para revistar en su cuadro de oficiales. Toda incorporación era bienvenida en esa situación de pobreza de recursos con que contaba.

–¡Teniente coronel! Es un placer conocerlo.

Von Holmberg se cuadró y saludó militarmente a su superior. Era un hombre corpulento, de tez rosada, pelo rubio y patillas profusas del mismo color que le llegaban hasta el mentón.

–El placer es mío, mi general; más aun con esta posibilidad de estar a las órdenes de una personalidad como la suya.

–Deje los cumplidos de lado, teniente coronel. Aquí somos todos combatientes por la libertad. Siéntese, por favor.

–Precisamente poder luchar por la libertad me decidió a venir a América.

Holmberg era uno de los tantos europeos que abrazaban la causa de la república en contra de la monarquía absoluta y que no dudaban en ponerse al servicio de la lucha por la independencia para conseguir tal objetivo en cualquier región que se diera.

–Aquí tengo su legajo –dijo Belgrano mientras hojeaba el despacho del gobierno central–. Antes que nada, ¿cómo debo llamarlo? ¿Barón Von Holmberg, Barón Eduardo de Holmberg?

–En esta, mi nueva patria, los títulos nobiliarios son parte del pasado, según tengo entendido. Mi nombre es Eduardo Kaunitz, pero puede llamarme Holmberg a secas.

La respuesta del austríaco satisfizo al general.

–Llegó hace poco a Buenos Aires, leo.

–Llegué en la fragata George Canning a principios de marzo, junto a otros altos oficiales criollos que vienen también a ponerse al servicio de la independencia: el teniente coronel San Martín, los alférez Carlos de Alvear, Matías Zapiola, y algunos más.

–¡Qué importante que oficiales compatriotas formados regresen para sumarse a nuestra causa! –Siguió leyendo el legajo–. Son antecedentes muy calificados para nuestro entorno: participó en las guerras napoleónicas, revistó en las tropas del Ducado de Berg y luego en las Guardias Valonas de España. Vuestra especialidad es la Artillería, ¿es así?

Holmberg lucía en el cuello de su casaca las insignias de su arma: dos cañones cruzados, detalle que no escapó a Belgrano.

–Y también la planificación estratégica –agregó Holmberg.

–¡Perfecto! Será de mucha utilidad. En Artillería contamos apenas con dos cañoncitos, podrá asesorarnos y prepararnos, pero en lo segundo me resultará indispensable.

Manuel tomó una caja de su escritorio que contenía cigarros de hoja y le convidó a su visitante.

–Gracias general –dijo Holmberg aceptando uno.

–Son de La Habana. Me los envía una querida amiga desde Buenos Aires. No sé cómo los consigues.

Belgrano entendió que tenía ante sí a un militar expe-



rimentado. Se explayó sobre la necesidad de inculcar en la tropa el orden militar y la disciplina, bastante deteriorados. Pero agregó temas pendientes que deberían encarar con cierta urgencia: el establecimiento de un hospital, un tribunal militar, un cuerpo destinado a la garantía de las provisiones, una compañía de reconocimiento y la fabricación de municiones y vestuarios.

—Contad conmigo, general. Necesito me destine un oficial por cada especialidad a organizar y dos soldados por cada una de ellas.

Belgrano hizo llamar a su edecán, Francisco Pico, para que fuese el facilitador de las exigencias de Holmberg.

## **Compromiso y organización**

Departieron e intercambiaron opiniones y pareceres hasta bien entrada la noche. Cuando se retiraron Holmberg y el teniente coronel Pico, recién entonces Belgrano se dio cuenta de que estaba realmente cansado. Por suerte había dejado de llover y la noche fresca invitaba al sueño. Hacía más de dos días que no dormía en una cama varias horas seguidas (se había acostumbrado a dormir en montado en su caballo al paso, en hamaca e incluso en jergón en algún rancho en la campaña) y su cuerpo enfermo comenzaba a pasarle cuentas: el paludismo contraído en Paraguay era el culpable de las fiebres que cada tanto lo acosaban. A pesar del cansancio, de las sábanas limpias que le consiguiera el teniente Cabrera —no se sabía bien dónde las había conse-

guido—, y de la frescura de la noche, no pudo dormirse. Su mente era un torbellino de imágenes, potenciadas por la fiebre, que se turnaban en aparecersele en mezclas confusas, para darle noticias sobre su realidad, su pasado y su futuro. Su realidad le indicaba que el destino próximo era enfrentarse con el enemigo; urgía el tiempo para llegar a ese momento con el Ejército Auxiliar del Norte preparado adecuadamente para ese desafío; sobre sus espaldas sentía la carga de la defensa de la revolución. La posibilidad de la derrota le producía un miedo recurrente. Entre las imágenes del pasado se disputaban la primacía aquellas plácidas de sus estudios en España y la labor tranquila en su escritorio del Consulado en Buenos Aires con las del caos durante las invasiones inglesas y las vicisitudes de su paso por Paraguay. La imagen más fuerte de ese pasado era la de la Revolución de Mayo, razón de ser de su compromiso actual y de la ofrenda total de su vida a esa causa. Él había tenido una participación activa en los sucesos de Mayo. Recordaba cuando estaban exigiendo un Cabildo abierto para discutir quién debía detentar el poder: llegado el caso de que los españoles no accedieran, él era el encargado de avisar a los jóvenes “chisperos” para que tomaran por asalto el edificio. Esa imagen, él agitando un pañuelo desde un balcón, se presentaba insistente junto a la estampa de Mariano Moreno, su amigo y compañero de lucha desaparecido, posiblemente asesinado en alta mar, según le dijeran morenistas amigos, ante cuyo recuerdo renovaba su juramento revolucionario y el compromiso de continuar profundizando esa revolución. No se podía claudicar has-

ta que él y demás revolucionarios completaran la obra de Moreno y hasta derrotar definitivamente a los vacilantes, los indecisos, y a los que no querían la independencia.

La imagen del futuro, en ese estado entre la vigilia y el sueño, era un campo de batalla entre el fuego y el humo de la metralla, con sus enemigos Goyeneche y Tristán riéndose de él, atendiendo una batería; propiamente una pesadilla. Cuando el sol comenzó tibiamente a mostrarse, recién se durmió.

Al día siguiente, con un sol diáfano que auguraba un día caluroso, y que iba secando el agua caída durante la noche, se continuó con el reclutamiento de combatientes entre los naturales y los hijos de criollos de la región. Esto estaba a cargo del coronel Aráoz de Lamadrid, quien recibía una inestimable ayuda de Martín Miguel de Güemes. Este caudillo salteño, además de coordinar con el Ejército sus operaciones de guerrillas, proveía al mismo de combatientes y, lo más valorable, de guías de la zona, baquianos que eran verdaderos mapas vivientes que servían para el desplazamiento de los destacamentos patriotas.

Estar allí, para Manuel, junto a sus oficiales encargados de ese reclutamiento, saludando a los jóvenes y paisanos maduros que se iban incorporando, le insuflaba una energía que era un bálsamo para su espíritu atormentado. A los nuevos reclutas, viejos o jóvenes, recibir un apretón de manos del general Belgrano, a quien conocían o adivinaban, les producía un sentimiento de orgullo.

Belgrano no perdió tiempo: estructuró el ejército en divisiones a cargo de un solo jefe y compuestas, a su vez,

por dos regimientos cada una. También reformó el Estado Mayor y la Intendencia del Ejército. Si esa fuerza no se parecía a un Ejército como Dios manda por sus chaquetas y pantalones hechos harapos, por calzar usutas en lugar de botas, o simplemente andar a pata, por casi no usar morriones militares sino gorras coyas de lana, sombreros paisanos de ala, o nada, por portar machetes, cuchillos o lanzas en lugar de fusiles y espadas, al menos se asemejaría por el orden, encuadre y desplazamiento de sus formaciones. Con el tiempo haría comprar a los sastres de maestranza cordillete blanco de lana; mandaría a hacer para todos pantalones y ponchos que reemplazaran las bombachas, y chaquetas que sirviesen al menos para abrigar.

## **Combatir la contrarrevolución**

Belgrano caminaba furioso por su improvisado despacho en la casona de Salta. Tenía en sus manos el informe solicitado sobre las actividades contrarrevolucionarias en la ciudad. Era consciente de que tan importante era afianzar la revolución como combatir la contrarrevolución, que siempre rebrotaba como una peste. Tenía información del plan fracasado contra el gobierno de Buenos Aires que habían encabezado Martín Álzaga y el cura Fray José de las Ánimas. El escarmiento fue ejemplar. Ambos fueron colgados junto a sus principales esbirros en la Plaza mayor. Así había que actuar. Y Belgrano sabía que las fuerzas en contra de la revolución todavía eran muchas y estaban en todas partes.

Ni bien las fuerzas patriotas llegaron a Salta los criollos les informaron sobre los españoles que actuaban contra la Patria. Esos realistas, constituidos en una red conspirativa, se habían animado a ir un paso más allá de acercarle a Goyeneche el estado de situación y número de tropas del Ejército del Norte: se valieron de indígenas que les respondían para incendiar depósitos de forrajes, inutilizar carruajes o robar caballada. Eso ya no se podía tolerar. Belgrano tenía que actuar con firmeza, como actuara la Junta en Buenos Aires contra Martín Álzaga y como actuara su primo y amigo Juan José Castelli cuando no titubeó en hacer cumplir la orden de Moreno que Ortiz de Ocampo no se animara a cumplir: fusilar en el Monte de los Papagayos, en el sur de Córdoba, a Santiago de Liniers, junto con los demás jefes de la resistencia: Juan Gutiérrez de la Concha, brigadier de la Armada; Santiago Allende, coronel de milicias; Joaquín Moreno, oficial real; y algún otro. Solo salvó su vida el obispo Orellana debido a su condición sacerdotal. El pelotón que arcabuceó a los contrarrevolucionarios fue dirigido por el coronel Domingo French. “Seguro que a French tampoco le habrá temblado el pulso”, pensó.

Lo más trágico era constatar que muchos indígenas seguían defendiendo la causa del Rey de España, oponiéndose a la independencia. Tenía que ver cómo convencer a esos pueblos originarios de los beneficios de la revolución. “Tendría que hacerles leer el Reglamento de los Pueblos Misioneros que decreté en Paraguay”. Recordó: “Restituir los derechos de libertad, propiedad y seguridad de que habéis estado privados

por tantas generaciones sirviendo como esclavos... Quedan habilitados para participar de los empleos públicos, civiles, políticos, militares y eclesiásticos... los naturales tendrán gratuitamente propiedades de la tierra y se los exceptúa de pagar gabela... Nombrarán un diputado al Congreso natural..."

El problema era cómo hacer que esas propuestas llegaran al conocimiento de las mayorías indígenas. Rememoró cuando Castelli hizo leer una proclama ante los indios en las ruinas de Tiahuanaco el 25 de mayo de 1811, haciéndola escuchar en quechua a la multitud reunida, sobre los derechos que la revolución les restituía y reconocía. Eso fue efectivo pues mostró las intenciones reales del gobierno revolucionario.

Volviendo al problema que tenía con los agentes de los realistas, también tenía que desenmascarar a los libelistas que difundían que los patriotas eran herejes enviados por el Diablo. Belgrano destacó un grupo para que desenmascarara a los subversivos, valiéndose de la información de la población. Lamadrid jugó un papel importante en esto ya que conocía a la mayoría de la clase acomodada. Ahora tenía en sus manos el informe final, con los nombres de los principales cabecillas. Convocaría al Tribunal Militar, recientemente formado con la ayuda de Holmberg, para juzgar a los responsables y brindar un claro ejemplo a la población de firmeza por parte del Ejército patriota. Le ordenó a su edecán, teniente coronel Pico, que hiciera detener a los conspiradores comprobados y que comenzara a funcionar la justicia revolucionaria. No le temblaría el pulso para firmar fusilamientos y expulsiones si el tribunal así lo entendía.

La cuestión que más lo enfurecía era que estaba comprobado que uno de los cabecillas de esa red era el Obispo de la ciudad. Nicolás Videla del Pino, así se llamaba ese cordobés, se había mostrado partidario de la Revolución de Mayo mientras la Primera Junta gobernó en nombre del rey Fernando VII. Cuando se percató de que el gobierno se oponía a las autoridades nombradas desde España, se alió a los realistas que operaban en el Alto Perú. Le llegó a Manuel la información de que Videla del Pino había avalado y hecha suya la excomunión que el arzobispo de Charcas decretara para todos los patriotas. Esa sanción religiosa era un arma formidable que operaba sobre la población civil, empujándola en contra de la revolución.

“Hay curas revolucionarios”, pensó Manuel, “pero los que son monárquicos son más duros que una piedra mordida”. Recordó cuando en Paraguay discutió con el Capellán del ejército paraguayo José Agustín de Mols y le dijo: “No he venido a conquistar al Paraguay, sino a auxiliarla, para que valiéndose los hijos de ella de las fuerzas de mi mando, recobrasen sus derechos sustraídos por los españoles europeos violentamente, y para que hagan un Congreso general libremente, y elijan un diputado”. El Capellán rechazó la ayuda ofrecida y expresó que deseaba seguir dependiendo de España. “Otra piedra mordida”.

Manuel hubiera hecho fusilar al Obispo de Salta, pero la adhesión de la población a la religión era muy fuerte, y no era cuestión de que una medida punitiva desmedida le pusiera en contra a más pobladores. Lo adecuado era ex-



pulsarlo, que se fuera con los enemigos de la revolución y a otra cosa.

Hizo sonar la campanilla. Apareció enseguida el teniente Cabrera.

—Tobías, siéntate —lo invitó el general—; tengo que encomendarte una misión.

Le expuso sobre las actividades contrarrevolucionarias que asolaban la ciudad y la región. Fue directamente a lo que necesitaba de él:

—Quiero que te apersones frente al Obispo, le entregues esta misiva, en la que le doy veinticuatro horas para que se retire de Salta, so pena de encarcelamiento si no cumple con mi decisión. Y tú te encargas de que esa resolución se cumpla: te vuelves a presentar al día siguiente y verificas si el señor obispo cumplió o no.

El general le hizo entrega de la carta dirigida al cura. Agregó:

—Quiero que muchos se enteren de esto. Por lo pronto llévate un pelotón contigo, así lo verán muchos y se preguntarán qué pasa.

Tobías Cabrera se retiró a cumplir la orden impartida. Lo primero que hizo fue convocar al suboficial que tenía a cargo, el sargento Ismael González, quien además de cumplir tareas como ayudante del teniente, tenía una sólida amistad con el joven oficial. Era un típico suboficial chusquero. El sargento se presentó y Tobías lo puso al tanto. Era un criollo fornido, de pelo renegrido y tez oscura; seguramente tenía ascendencia indígena en sus venas. Unos gruesos bigotes le daban un aire de

gaucho auténtico. Había nacido y crecido en Entre Ríos.

—El general —completó Tobías— quiere que hagamos una demostración de poder delante del Obispo, así que moviliza unos diez hombres que porten fusiles.

La aclaración de que los hombres debían portar fusiles era porque no todos los que revistaban en el Ejército tenían armas de fuego; la mayoría se arreglaba con un machete o una lanza. Alguno de esos hombres tuvo que pedir prestada la chaqueta del uniforme, además del fusil. Así de precaria era la realidad que padecían.

—Los quiero aquí en una hora.

El pelotón, comandado por Cabrera, se presentó en el Obispado. Lo hicieron pasar a un saloncito que olía a sacristía y vetustez. Tobías tuvo, al principio, dificultades para que el Obispo se apersonara; no quería entregar la misiva de Belgrano a un colaborador del cura. Ante la insistencia del teniente, lo hicieron pasar a una pequeña dependencia lateral a la nave principal de la iglesia, y allí se hizo presente el Obispo Nicolás Videla del Pino. Era un hombretón gordo y colorado. Leyó la nota, y mientras lo hacía su rostro mudaba al color rojo intenso. No pudo ocultar su indignación. Le contestó al teniente:

—¡Dígale a su general que es un reverendo hijo de puta!

—Lo que le digo yo a Su Señoría es que si mañana a esta hora todavía se encuentra aquí, yo mismo lo llevaré preso. ¡Buenos días!

Tobías dio media vuelta y se retiró. Alineó a sus hombres en formación y regresó a paso marcial. Los pobladores

que circunstancialmente andaban por el lugar, entendieron que el cura se había metido en problemas.

Al día siguiente el teniente Cabrera tenía que verificar si el cura había cumplido con la orden de Belgrano. Fue en busca del sargento González; este estaba en el barracón del patio de la casona que Belgrano usaba de vivienda y despacho, enseñándole al indio Luriel, guaraní veterano de la expedición al Paraguay, a jugar a las cartas, mientras en una olla de tres patas terminaban de cocinar mazamorra. No les dijo nada dado que estaban de reserva, a su disposición para cumplir cualquier orden del jefe, y mataban el tiempo como podían mientras no los convocaran.

–Teniente –dijo el sargento González–; llega justo para comer una rica mazamorra.

–Sargento: Gracias. Coman rápido su mazamorra y prepare el batallón que usamos ayer, que vamos a ir de nuevo a visitar al señor Obispo.

El pelotón armado encabezado por el teniente Cabrera se hizo nuevamente presente en la iglesia. La misma, al igual que las instalaciones complementarias, estaba vacía. Un indio viejo que se dedicaba a la limpieza en la iglesia le dijo al teniente:

–No se moleste en buscar al señor Obispo. En la madrugada él y todos sus curas se fueron de la ciudad.

–Nos resolvió un problema –le dijo Cabrera–. Si no se hubiese ido lo llevaríamos preso por conspirar contra la Patria. Hágaselo saber a los feligreses.

Regresaron ostentosamente, marchando y haciendo sonar un tambor que el teniente había hecho traer adrede, para que todos se enterasen de que habían visitado la iglesia. El pueblo ya estaba enterado de la huida del obispo y demás curas. Damas paseando envueltas en mantillas y batiendo sus abanicos, algunas de cesta al brazo, comerciantes y artesanos ocupados en sus asuntos, obreros transportando enseres y barriles, indios, hasta algún negro vagando por la ciudad, y soldados de permiso paseando o entrando y saliendo de cantinas, observaron esa marcha marcial y entendieron que las medidas contra los traidores iban en serio.

La red conspirativa comenzaba a desarmarse. Ahora el problema era conseguir nuevos curas que atendieran los servicios de la Fe.

Mientras tanto el ejército lentamente iba tomando forma, en esa Salta calurosa y lluviosa. Los carros aguateros en Campo Santo no descansaban yendo de las carpas a los barracones. Las chicharras amenizaban con sus cantos monocordes esas tardes de puro sol.

El factor inquietante en la preparación militar era el tiempo y eso a Belgrano lo desvelaba.

## **Juana Azurduy**

Cuando Manuel Ascencio Padilla y su esposa Juana Azurduy se enteraron de la asunción del nuevo jefe del Ejército Auxiliar del Norte, no dudaron en ir a ponerse a sus órdenes.

El matrimonio había participado del proceso revolucionario que tuvo como centro a Chuquisaca, donde el 25 de mayo de 1809, exactamente un año antes que en Buenos Aires, las fuerzas militares al mando del coronel Juan Antonio Álvarez de Arenales, español que abrazara la causa sudamericana, destituyeron al Presidente de la Real Audiencia de Charcas, Ramón García de León y Pizarro. La Audiencia quedó con el mando civil y Arenales con el militar. Padilla y Azurduy asolaron la región de Charcas comandando un grupo de indígenas a caballo, partiendo desde el norte de Chuquisaca hasta las selvas de Santa Cruz, abarcando las ramificaciones de la cordillera de Los Frailes y las sierras de Carretas, Sombreros y Mandinga.

Pudieron escapar a la represión desatada por el brigadier Vicente Nieto, enviado a la región por el virrey del Río de la Plata Baltasar Hidalgo de Cisneros. A partir de 1811 se ligaron al Ejército Auxiliar del Norte y recibieron, en distintos momentos, a los jefes revolucionarios Castelli, González Balcarce y Díaz Vélez en las haciendas de Yaipiri y Yurubamba. Después de la derrota de Huaqui el ejército realista al mando del traidor americano Goyeneche recuperó el territorio del Alto Perú. La represalia hacia los Padilla fue la confiscación de sus propiedades, ganados y cosechas. Juana Azurduy y sus cuatro hijos fueron apresados; Padilla logró luego rescatarlos y se refugiaron en las alturas de Tarabuco, pequeña localidad de la provincia Yamparáez, cuna de la cultura Yampara.

Juana y su compañero, Manuel Ascencio Padilla, se presentaron ante Belgrano en el campamento militar de

Campo Santo, justo cuando la infantería estaba realizando ejercicios de desplazamientos en medio de una tormenta de viento y tierra que casi no dejaba ver a pocos metros. Cada regimiento practicaba los distintos movimientos que se podían implementar durante el combate o la marcha. Se movían soldados, suboficiales y oficiales de menor graduación en una masa oscura semejante a una víbora gigante desplazándose, que es lo que realmente parecía oculta por la tierra que volaba. Se escuchaba claro el resollar de los caballos y las órdenes de los oficiales.

Belgrano estaba presenciando los ejercicios cuando llegaron los Padilla. Impactó en el general la prestancia de esa mujer. No dejó de mirarla mientras desmontaba frente a su tienda de campaña: iba vestida con un pantalón de bayeta blanco, sujetado con una faja indígena multicolor, chaquetilla azul y gorro frigio rojo con una pluma azul y blanca. Su compañero vestía como un paisano común de aquellos lares.

–General –dijo ella ni bien se plantaron frente a Manuel–: Venimos a ponernos bajo sus órdenes para defender la revolución y combatir al enemigo.

Belgrano concluyó que era una mestiza, por el color de su piel. Tenía cabellera renegrada al igual que sus ojos penetrantes y una voz ronca y potente.

–Es un honor recibirlos y aceptarlos –respondió Manuel–. Estoy informado de vuestras acciones, por cierto tan importantes para nuestra causa. Vuestro aporte vendrá a fortalecer a este ejército que, como apreciarán, adolece aún de muchos atributos para la guerra.

–La guerra se hace como se puede y con lo que se tiene –aportó Padilla.

–Así es y por eso no nos quejamos. Por favor, pasen a este humilde despacho de campaña así conversamos más cómodos y tranquilos, amparados de este viento molesto.

Belgrano le mandó orden a Díaz Vélez para que siguiera con la supervisión de los ejercicios.

Se acomodaron en la carpa de campaña para compartir unos mates. Los recién llegados se sentaron en sendas cabezas de vaca y el general, en un banquito arrimado a una mesa chica. Juana se sacó el gorro y le mostró al general la pluma celeste y blanca que lucía.

–Esta pluma es como protesta –le señaló a Belgrano– por haberle impedido los porteños a usted contar con su bandera oficial.

Belgrano lanzó una carcajada: –Le agradezco su solidaridad, pero digamos que no fueron los porteños sino solo una parte del gobierno que no termina de apreciar del todo la realidad que vivimos.

Comenzaron a intercambiar opiniones sobre cómo era esa realidad allí en el norte. Belgrano les informó sobre el estado de fuerzas propio y del enemigo cercano y los desplazamientos de los realistas, de acuerdo a las informaciones casi diarias de sus baquianos. Ascencio Padilla y Juana Azurduy, por su lado, le comentaron las adhesiones conseguidas por ellos de parte de los naturales de la región y algunas escaramuzas de hostigamiento con que venían castigando a los batallones españoles que detectaban.



–Goyeneche se ha apoderado de todo el Alto Perú –dijo Azurduy– y nosotros tenemos algunas cuentas que saldar con este traidor. Pero necesitamos más brazos para poder enfrentarlo. Y no alcanza con los soldados que trae usted, general, de Buenos Aires. Por eso vamos reclutando hijos de la tierra, explicándoles que debemos echar a los chape-tones de la Pacha Mama para volver a ser libres.

–El apoyo de los naturales de aquí es mi mayor obsesión –respondió Belgrano–. Si lográramos que la mayoría estuviese con la revolución esta guerra la terminaríamos rápido.

En ese momento entró Luriel con pastelitos de membrillo.

–Les presento a Luriel –dijo Manuel–, un hermano que se nos sumó en el Paraguay.

–¡Qué exquisitez! –dijo Juana.

–Son pocos los lujos que uno puede disfrutar en campaña –contestó el general–. Este es uno de ellos, gracias a las dotes culinarias de Luriel. El indio se retiró sigilosamente

Juana se explayó más en detalle contando los asedios con los que venían acosando a los realistas, y luego informó sobre la cantidad de guerreros a caballo con los que contaban para sumarse al Ejército Auxiliar.

–La verdad es que aportan ustedes una fuerza apreciable. Quisiera vincularlos con mi segundo, el mayor general Díaz Vélez, quien está a cargo de toda nuestra caballería, para que puedan integrarse a ella.

–A Eustoquio lo conocimos en la hacienda Yurubamba y nos dará gusto trabajar con él. Estos guerreros probados

que traemos –precisó Juana– conforman un batallón al que hemos bautizado “Los Leales”.

Belgrano habló de los planes inmediatos a seguir y ellos de las posibilidades de reclutar más combatientes en las montañas cercanas. Comenzaba a soldarse en ese encuentro un compromiso entre los abajeños y los luchadores del Alto Perú.

## **Labor en el Consulado**

–Mi familia me envió a seguir la carrera de las Leyes en España. No fue una elección casual, ya que me atraían la Economía y el Derecho Público y me entusiasmaba la idea de poder aplicar esos conocimientos en favor de la Patria.

La berlina se desplazaba un tanto a los saltos por el camino que llevaba a Campo Santo, donde estaba acantonado el ejército. Belgrano y Díaz Vélez se dirigían allí desde Salta para realizar una revista a la tropa. El sol apenas asomaba por entre los picos de la precordillera. El segundo al mando del Ejército Auxiliar le preguntó a su comandante cómo había sido su formación en España. Y este contestó complacido de poder rememorar su época de estudiante.

–Estudié en Salamanca, donde pude conocer a fondo las obras de Quesnay y Smith, las más avanzadas teorías económicas del liberalismo. Quesnay, de gran prestigio en Versalles, y a quien Luis XV llamara su “pensador”, había publicado en 1758 el “Tableau Economique”, que fue el primer intento en la historia de las ideas de analizar la

economía como un sistema de relaciones entre sus diversos sectores o clases. Todas esas teorías me apasionaban. Terminé graduándome de abogado en Valladolid y luego pasé a Madrid. Dejando de lado el absolutismo real, bullían allí las ideas más progresistas del liberalismo español. Por cierto pude aprovechar al máximo mi estadía: conocí y traté a pensadores como Jovellanos y Campomanes.

La berlina dio unos bruscos saltos. Belgrano se asomó por la ventanilla y le ordenó al conductor: —¡Sargento González! Conduzca más despacio que no tenemos gran apuro.

Se volvió a apoltronar en el cómodo asiento de la berlina y continuó:

—Y lo más fuerte de todo llega en 1789 con la Revolución Francesa, cuyas ideas penetran en España como un alud. Las ideas de libertad, igualdad, fraternidad se apoderan de esa generación leguleya que veía tiranos en todos aquellos que se opusiesen al disfrute pleno de los derechos del hombre.

Belgrano lanzó una carcajada festejando su exagerada valoración.

—Juan Jacobo Rousseau era mi indispensable libro de cabecera. Además me instruí con las obras de Voltaire, Montesquieu y Filangieri. Más adelante conocí los escritos de Diderot, Mirabeau, Turgot...

Quedaron unos instantes en silencio. El polvo del camino entraba por las ventanillas cubiertas solo por cortinas. Manuel se cubría la nariz con un pañuelo con agua de colonia.

—Cuando fui nombrado por el mismísimo Rey para cubrir la Secretaría del Consulado de Buenos Aires, creí al-

canzar el cielo con las manos. Pensé, ingenuamente, todo lo que podría hacer desde ese cargo para mejorar la situación de nuestra gente. Pero ese entusiasmo me duró poco. Fui entendiendo que esas instituciones no tenían otro objeto que afianzar el colonialismo; servían para orientar a las sociedades económicas en los campos de la agricultura, la industria y el comercio, pero siempre dentro de los criterios coloniales. Entendí que los actores que se movían en esas esferas eran todos comerciantes españoles a los que solo les interesaba la marcha de sus negocios monopolistas, a saber: comprar por cuatro para vender por ocho. Esos negocios casi no redundaban en el desarrollo económico del país, salvo los mínimos impuestos que dejaban.

Belgrano reacomodó su postura y sus recuerdos.

—Mi ánimo se abatió —siguió contándole a Díaz Vélez— y conocí que nada se haría en favor de las provincias por unos hombres que por sus intereses particulares posponían el del común. Sin embargo, ya que por las obligaciones de mi empleo podía hablar y escribir sobre tan útiles materias, me propuse, al menos, echar las semillas que algún día fuesen capaces de dar frutos, ya porque algunos estimulados del mismo espíritu se dedicasen a su cultivo, ya porque el orden mismo de las cosas las hiciese germinar. Difundí las ideas de Quesnay y Adam Smith en el *Semanario de Agricultura*; escribí que solo el comercio interior es capaz de proporcionar valor a los objetos de cambio, aumentando los capitales y con ellos el fondo de la Nación. Fíjese, mayor general, que todas las naciones cultas se esmeran en que

sus materias primas no salgan de sus estados a manufacturarse afuera, y buscando y facilitando los medios de darle consumo, se las mantiene a un precio ventajoso, así para el creador, digámoslo así, como para el consumidor. Se da cuenta que esa idea va contra la práctica del monopolio.

En cuestiones del campo escribí sobre mi preocupación por la concentración de la propiedad. Será ocioso y perjudicial que uno que tenga solo 3.000 cabezas de ganado ocupe un terreno de cinco leguas. Y agregaba que se debe estorbar a aquellos que con sus muchos caudales quieren ambiciosamente abarcar cuantos campos se les proporcionan.

Ambos militares volvieron a quedar en silencio. Ya el sol reinaba a pleno y el calor comenzaba a hacerse sentir. Eustoquio tomó una bota que contenía agua fresca y se la ofreció a su comandante. Bebió uno y luego el otro. Pasaron de largo unos carros que transportaban forraje, seguramente para la caballada del ejército.

—Ya no falta tanto —comentó Díaz Vélez.

Belgrano no le contestó porque seguía enredado en sus recuerdos. Volvió a reír: —Sabe, mi obsesión era crear escuelas de todo tipo y oficio. Se presentaron circunstancias favorables para el establecimiento de una escuela de matemáticas, que conseguí a condición de exigir la aprobación de la Corte, que nunca se obtuvo y que no paró hasta destruirla. Logré que el Consulado aprobara una escuela de Dibujo, Geometría y Arquitectura, pero la partida que disponía era magra, y los honorarios del Director debían correr a expensas de quien la propuso, o sea yo.

Ahora rieron los dos.

—¿O sea que fracasó? —dijo Eustoquio.

El otro contestó con la cabeza.

—También fundé una escuela de Dibujo y otra de Náutica, pero evidentemente iba demasiado rápido para la Corona, ya que a mediados de 1807 llegaron órdenes terminantes de la Corte mandando suprimirlas, reprobando severamente al Consulado por haberlas autorizado.

Estaban ya cerca del acantonamiento del Ejército Auxiliar; se veían a la vera del camino formaciones marchando.

—Pero mi mayor preocupación, Eustoquio, fue y es la educación. ¿Cómo se quiere que los hombres tengan amor al trabajo, que las costumbres sean arregladas, que haya copia de ciudadanos honrados, que las virtudes ahuyenten a los vicios y que el gobierno reciba el fruto de sus cuidados, si no hay enseñanza, y si la ignorancia va pasando de generación en generación con mayores y más grandes aumentos? Y lo otro es que la enseñanza debe ser estatal, gratuita y obligatoria.

—¿Leí por ahí o me contaron en Buenos Aires que usted propuso escuelas para las mujeres?

—Sí, y fue un gran escándalo; producido ya el hecho revolucionario, en el n° 21 del Correo de Comercio provoqué un gran revuelo con un artículo titulado “Escuela de Niñas” —Se sonrió—. La Naturaleza nos anuncia una mujer; muy pronto va a ser madre y deberá presentarnos conciudadanos en quienes debe inspirar las primeras ideas, y ¿qué ha de enseñarles si a ella nada le han enseñado?

–Hay mucho por hacer –atinó a decir Díaz Vélez.

–Y a nosotros nos toca ahora hacer en lo militar –concluyó Belgrano mientras ponía un pie en el estribo de la berlina, ya estacionada en su destino. Varios oficiales del Estado Mayor los estaban aguardando.

## **En Caaguazú**

Belgrano tenía recurrentes pesadillas relacionadas a la experiencia de comandar la expedición al Paraguay. Ahora, al frente del Ejército Auxiliar del Norte, esas pesadillas habían recrudecido. El propio Manuel atribuía eso al presentimiento de un desenlace negativo en cuanto a esta nueva responsabilidad militar y lo alertaba trayéndole aquel pasado tumultuoso.

Había trabajado hasta tarde en su escritorio, allí en Salta, leyendo informes sobre el enemigo, otros sobre el estado de la fuerza propia. Había redactado una carta dirigida al gobierno en Buenos Aires solicitando dinero y apoyo logístico, y sin darse cuenta se fue quedando dormido en su poltrona. Entonces volvió la pesadilla...

Alcanzaron penosamente el paso de Caaguazú sobre el río Corrientes; lo hicieron avanzando por campos que parecían no haber sido pisados nunca por la planta del hombre. Llegaron faltos de agua potable y sin otra subsistencia, además de un poco de charqui y de chuño, que la que podía proveer el poco ganado flaco que aún quedaba y la caballada esquelética de Aldao, que si no servía pronto como refresco para pelear a los paraguayos, al me-

nos serviría para derrotar los estómagos. Belgrano y sus oficiales fueron los primeros en llegar. Solo encontraron una garandumba en muy mal estado. Al cansancio y la desazón acumulados durante días y días de marchas por selvas y esteros casi intransitables, soportando la insistente lluvia, el calor, los mosquitos que llegaban cuando dejaba de llover, agregaban ahora el desconuelo por no encontrar todas las embarcaciones que los baqueanos les juraran que estaban en el lugar (seguramente eran responsables de ello los paraguayos). Los oficiales miraron a Belgrano y este a la embarcación destartalada.

—Pasaremos en “esto” la artillería y las municiones. La tropa cruzará a nado o en “pelotas”, si se las pueden construir —ordenó.

Ni bien llegó el grueso del ejército comenzaron los preparativos.

El temor a que esa desvencijada embarcación se hundiera con sus cañoncitos lo sobresaltó y se despertó.

Su cabeza y su espalda estaban totalmente empapadas de transpiración. Se sacó la camisa, quedó solo con su pantalón militar y sus botas. Se lavó en una palangana que tenía a mano, se secó con una toalla y antes de volver a sentarse a su escritorio se sirvió un generoso cognac. Ahora ya no soñaba sino que rememoraba:

Le parecía increíble que hasta allí hubiesen llegado sin haberles visto las caras aún a las tropas del gobernador Velasco. Confiaba entonces en poder enfrentarlas ni bien cruzaran. Le preocupaba el estado de sus soldados, cada



vez más agotados y mojados. Le pesaba su responsabilidad en esta campaña; él, que no era militar, había sido designado por la Junta para mandar esa expedición auxiliadora y había aceptado, primero para no negarse ante Mariano Moreno, su amigo pero además secretario de la Junta; segundo para que no se creyese que repugnaba los riesgos, que solo quería disfrutar las comodidades de la capital y el poder; pero además porque entreveía una semilla de desunión entre los integrantes de la Junta que él no podía aceptar, por lo que era más conveniente estar lejos y en servicio activo que verse involucrado en disputas intestinas. Y allí se encontraba, con lo que le pudieron dar para solventar la expedición: doscientos hombres de la guarnición de Buenos Aires, más alguna milicia del Paraná y veteranos reclutados al pasar por San Pedro, cuatro cañones de a “4” con algo de munición, o sea balas de aproximadamente un kilo y medio de peso.

Belgrano repitió la orden:

–Los cañones en la embarcación; los soldados a construir “pelotas” o a pasar nadando. ¿De comer?: cuando crucemos. Tiren cedazos y si no resultan sacrifiquen caballada de la reserva.

No hubo protestas ni rezongos. Esos soldados soportaban todo: marchas penosas por regiones habitadas por fieras y alimañas de las más variadas; aguaceros interminables, sin tiendas de campaña ni siquiera para preservar las armas; enfermedades tropicales, humedales deshidratantes y, por sobre todo, la falta del enemigo que olía a chamusquina; la

ausencia del enemigo que le crea al soldado la incertidumbre más corrosiva: la del peligro latente y la muerte acechante.

Recordó, como siempre recordaba con dolor, cuando tuvo que mandar a fusilar a dos desertores en Curuzú Cuatiá para poder preservar la disciplina, con lo que puso a prueba también sus propias convicciones y fortaleza. Cuando sentía que sus fuerzas flaqueaban, pensaba en Moreno y sus responsabilidades en Buenos Aires, tratando de asentar el poder revolucionario luchando contra los contrarrevolucionarios y los conservadores que asomaban sus intenciones dentro de las propias filas; en Castelli, otro improvisado como él, imaginando sus vicisitudes en el norte del virreinato, llevando los vientos de la revolución y tratando de ganar las masas indígenas. No iba a decepcionar a sus amigos. Estaba solo allí en Paraguay, en medio del río tumultuoso que separaba el viejo orden de la nueva vida y no se iba a ahogar en el intento.

Tardaron tres días en cruzar el Paraná, con el costo de algunos soldados arrastrados por la corriente, varios pertrechos y municiones perdidas. Ya no había barrera alguna que los separara del enemigo. Acamparon en la estancia Santa María de la Candelaria.

Entonces volvía el recuerdo doloroso de lo de Warnes.

Recordó: Le obsesionaba la idea de intentar convencer a los paraguayos de no pelear entre hermanos. ¡Si solo pudiera hablarles cinco minutos para contarles las razones de la Patria! Decidió entonces realizar una jugada; convocó a su escribiente. Belgrano estaba sentado bajo el alero de uno

de los ranchos semi derruidos de la estancia, donde mitigaba como podía el sol, el calor y la humedad. Un soldado le cebaba mate.

—¡Siéntese, sargento! —invitó el general a su escribiente, quien desplegó el banquito que portaba para tales ocasiones—. Le voy a dictar un oficio que haremos llegar al gobernador Velasco, con copias al Cabildo y al Obispo de Asunción. Lo voy a invitar a una conciliación para evitar la efusión de sangre.

—Ojalá acepte, mi general —dijo el sargento mientras acomodaba sus papeles y plumas sobre una tabla que usaba de mesita sobre sus rodillas.

—Lo intentaremos, sargento. Tenemos que hacer todo lo posible para evitar esta guerra.

—Belgrano dictó su carta. Después impartió órdenes a través del teniente coronel Machain para que cesara toda hostilidad hasta la contestación del gobernador. Luego hizo comparecer a su secretario, capitán Ignacio Warnes, a quien encomendó llevar las cartas a Asunción. Warnes era amigo íntimo de Manuel desde la infancia.

—Imploramos que prevalezca la cordura —rogó Manuel al despachar a su secretario.

Warnes fue apresado por un comandante paraguayo, quien lo hizo engrillar, sin oír sus razones, para trasladarlo a Asunción. Desde allí fue remitido a Montevideo junto a otros prisioneros.

Apuró su copa de cognac, como para borrar del todo aquellos recuerdos que lo angustiaban. Se había sentido

culpable del encarcelamiento de su amigo Warnes. Por suerte ahora lo tenía nuevamente con él, al mando del regimiento n°6 de infantería con grado de teniente coronel.

Se levantó y dirigió hacia la ventana. La noche estaba tranquila. Los farolitos de alumbrado de la plaza apenas resaltaban algunos brillos de las armas de los centinelas. No tenía su reloj de bolsillo a mano, por lo que no sabía qué hora era, pero ya su perturbación le había quitado del todo el sueño, por lo que se asomó a la puerta y ordenó a los soldados que allí hacían guardia que llamaran a su edecán Francisco Pico. Lo mejor sería ponerse a trabajar.

## **En Jujuy**

La decisión de Belgrano fue desplazar el Ejército Auxiliar del Norte hacia el Alto Perú, al encuentro de las fuerzas realistas. La primera parada sería Jujuy. La vanguardia al mando de Balcarce se desplazó hacia la quebrada de Humahuaca mientras Belgrano, con el grueso del Ejército abandonó Campo Santo y se encaminó hacia la ciudad de Jujuy.

Los que subieron hasta Humahuaca llevaban la misión de vigilar la entrada de Pío Tristán y estar alertas para avisar cuando se produjera la inminente invasión de los realistas.

Se tuvieron que ir acostumbrando a la altura, a los días de sol abrasador con más de treinta grados de temperatura, lluvias por las tardes y heladas intensas por las noches. Atravesaron pantanos, bosques de churqui y cardones,

guiados por las imponentes montañas de diversos colores que se levantaban en las estribaciones. Entre la abundancia de animales como vicuñas, zorros y perdices, capturaron unas llamas con la idea de utilizarlas para trasladar cargas, o comerlas llegado el caso. En todo el trayecto hasta Humahuaca, cuarenta kilómetros más arriba, se cansaron de observar cóndores y águilas planeando por sobre sus cabezas. Los acompañaban por el oeste las altas montañas de diversos colores que le daban encanto a esos parajes.

El desplazamiento a Jujuy, para Belgrano, fue un verdadero suplicio, ya que marchaba con fiebres intermitentes, mareos, dolores fuertes de cabeza y músculos y hasta vómitos; todo eso padecido mientras cabalgaba. Ni bien hicieron un alto en el camino, Luriel le acercó al general una bota que contenía quina-quina diluida en vino. Era el remedio eficaz para hacer retroceder la fiebre causada por el paludismo, según una receta ancestral proveniente de la cultura inca. La quinina se extraía de la corteza del árbol llamado quino. Había probado antes con una tisana hecha con varias hierbas, pero la quina-quina resultó el mejor remedio para bajarle inmediatamente la fiebre.

“Esto de andar de General por los caminos de la Patria, en lugar de estar cómodamente apoltronado en un sillón de escritorio, me lo busqué solito, por no saber decir que no”, pensaba, entre sonrisas, como haciéndose burla a sí mismo, mientras obediente consumía el brebaje que le trajera Luriel.

No era el único afectado; una parte de sus hombres también sufría diversas enfermedades. Parecía una maldi-

ción bíblica que a los padecimientos producto de la falta de logística y de preparación de ese Ejército se les sumaran contrariedades como el paludismo, el mal de los mosquitos y el mal de altura: el soroche.

Llegaron a Jujuy una fúlgida mañana después de cabalgar casi toda la noche. Sus hombres le ubicaron una casona en el centro de la ciudad, para que pudiera descansar en una cama, como Dios manda, y al mismo tiempo pudiera desde allí dirigir su Estado Mayor. Facilitó tal decisión las averiguaciones del coronel Gregorio Aráoz de Lamadrid, oriundo de Tucumán y conocedor de las familias criollas de toda la amplia región, quien se adelantara al ejército para realizar esa gestión.

–Va mejorando mi nivel, teniente –le dijo el general a su asistente Cabrera cuando este le acondicionó el dormitorio a usar–. Pasé del caballo a la hamaca paraguaya, de ella al jergón y ahora a una cama con colchón.

–Usted se la merece, general –le contestó el joven sonriendo.

La casona asignada al comandante en jefe del Ejército había sido abandonada por sus dueños, realistas que habían huido ante la cercanía de los patriotas. Tenía un amplio salón, donde sus moradores acostumbraban a realizar sus fiestas, en el que Belgrano instaló su oficina y donde podría reunirse cómodamente el Estado Mayor. El dormitorio asignado era amplio, cómodo y luminoso, y la cocina, dotada de todo lo necesario, serviría para que el general pudiera comer alimentos elaborados como Dios manda.

Poco a poco Belgrano se fue recuperando y afirmando su mando. Se acercaba la fecha del 25 de mayo, segundo aniversario de la revolución. Las emociones vividas en Buenos Aires en aquellas memorables jornadas las tenía bien presente Belgrano. Recordaba cuando enviaron a Castelli y Saavedra a decirle al Virrey Cisneros que renunciaban a la Junta que se había aprobado en el Cabildo abierto, y que el pueblo estaba armado y concentrado en los cuarteles, resuelto a derrocarlo si él no renunciaba también. Recordaba cuando en casa de Rodríguez Peña armaron la lista de la Junta que los revolucionarios propondrían, avalada por el pueblo: Saavedra, presidente; vocales, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu y Larrea; y Moreno y Paso como secretarios. Y recordaba con emoción cuando el síndico procurador general no tuvo más remedio que poner a consideración del pueblo, desde el balcón del Cabildo, esa lista firmada por un número considerable de vecinos, religiosos, comandantes y oficiales de los cuerpos, recibiendo como respuesta que aquello era lo que pedían y lo único que querían que se ejecutase, y cómo se acordó que sin pérdida de tiempo se estableciera esa nueva Junta, eligiéndose para ella a los mismos individuos que habían sido nombrados de palabra.

“Así entramos a esa Junta”, piensa. “Así fue que nos constituimos como poder revolucionario en el Fuerte y comenzamos a tomar las primeras medidas que nos debían conducir a la libertad y la independencia”.

Manuel pensó en aprovechar la ocasión para insuflar mística a su tropa y a la población jujeña. Ese aniversario

no podía pasarse por alto. Preparó a conciencia una parada militar para ese día en el centro de la ciudad. Los días previos se había ocupado de dibujar con lujo de detalles la disposición de la tropa, las autoridades locales, el público para ese acto. Había hecho montar un palco central y elaborado la lista de quienes debían estar en él. Llegada la fecha esperada, se realizó esa parada militar en un clima de fervoroso patriotismo por parte de la población y de los propios soldados. Ayudaba al ánimo general el clima de un día esplendoroso, con una brisa gratificante. Tal vez como un símbolo de la Patria vigilante, un cóndor planeaba serenamente en lo alto. Allí estaba, en el centro del palco, el general, orgulloso, de buen humor, acompañado por todo su Estado Mayor. Hizo bendecir la bandera blanquiceleste que él había creado en las Baterías del Rosario por el capellán de su ejército, Juan Ignacio Gorriti, a su vez también cura de la iglesia de Jujuy. Gorriti era un patriota de ley, expulsado de la Junta Grande por el primer Triunvirato, por lo que Belgrano le tenía especial afecto y lo protegía.

Con esta ceremonia Belgrano apostaba a consolidar y ampliar la adhesión de la población a la causa patriótica y, como contrapartida, deteriorar la influencia de las fuerzas realistas que mantenían sus cabeceras de playa en la ciudad, embozadas, amparándose en las sombras.

Dirigiéndose a la tropa dijo: —¡Soldados!: El 25 de mayo será para siempre un día memorable en los anales de nuestra historia, y vosotros tendréis un motivo más de recordarlo, cuando en él, por primera vez, veis en mi mano



la bandera nacional, que ya os distingue de las demás naciones del globo... No olvidéis jamás que vuestra obra es de Dios; que él os ha concedido esta bandera y que nos manda que la sostengamos.

Belgrano hizo jurar la bandera nuevamente, después de haberla hecho jurar en Rosario. Cometió así una doble falta, ya que no había recibido a tiempo la orden de Rivadavia que lo desautorizaba a hacerlo. El Triunvirato no estaba dispuesto aún a separarse oficialmente de España, por lo que no hablaba de independencia. Rivadavia, secretario de Guerra del Triunvirato, montó en cólera cuando se enteró de la segunda jura no autorizada y le envió al general la siguiente orden: “¡El gobierno no hace más que dejar a la prudencia de V.S. la reparación de tamaño desorden, pero debe prevenirle que esta será la última vez que sacrificará hasta tal punto los respetos de autoridad y los intereses de la nación que preside!”.

Belgrano, dolorido y consciente de que a Rivadavia no le entraba en su caletre la necesidad de lograr la independencia ya, contestó: “La bandera la he recogido y la desharé para que no haya ni memoria de ella”.

Se sentía desamparado; se decía, burlándose nuevamente de sí mismo: “Yo, piloto de tormentas navegando por mares tempestuosos, oficio que no elegí, en vez de estar en Buenos Aires en algún tribunal ganándome la vida”. Claro que inmediatamente surgía la imagen de la Patria, representada con figura de mujer, de la que estaba enamorado y a la que no iba a defraudar. Ese era su sustento para no derrumbarse.

Su estado de ánimo decayó; no podía entender cómo el gobierno central no le facilitaba las cosas; además lo desacreditaba ante sus oficiales, aunque estos compartían el despecho de su jefe y trataban de hacer como que no veían esas desautorizaciones para que no se sintiera menoscabado en su autoridad. En esa situación delicada, sintiéndose sin respaldo del Triunvirato, debería asumir el estado de guerra en que se encontraba su ejército y resolver infinidad de problemas que se presentaban.

Los problemas que debía afrontar el general eran varios. Por un lado debía enfrentar el malestar de su tropa por el atraso en la paga; también por la resistencia ante las medidas que Holmberg intentaba aplicar en el orden cerrado para mejorar la disciplina de la misma. Por otro lado debía combatir la anarquía reinante entre los soldados y los jujeños, que llevaba a la desobediencia a órdenes que impartía para administrar la ciudad en medio de ese caos reinante por la guerra y tenía que luchar contra la difusión de noticias falsas y rumores tendientes a generar confusión, desánimo y espíritu derrotista. Belgrano tomó al toro por las astas y dictó un Bando por el cual se disponía la pena capital para quienes desobedecieran una orden expresa o difundieran noticias tendenciosas. Tenía que detener la descomposición de su tropa, la que se evidenciaba en las desertiones diarias que se producían. Toda esta situación fue retemplando su carácter, volviéndolo más firme y duro, aunque su espíritu se mantenía incólume.

La tensión social se percibía en la piel; se vivía un clima de guerra y no se sabía a ciencia cierta cuándo aparecerían

los chapetones, aunque nadie dudaba de que se harían presentes. Y muchos no veían en el Ejército Auxiliar del Norte una fuerza capaz de enfrentar y detener el avance realista.

Si Goyeneche estaba al tanto de la situación del ejército patriota y conocía, producto de las informaciones de esos desertores y de sus espías, la cantidad de hombres, bestias y piezas de artillería que Belgrano podía disponer para el combate, el jefe argentino no se quedaba atrás: sus propios servicios le informaban que Pío Tristán había reforzado a Goyeneche en Cochabamba, con lo cual las fuerzas realistas contaban con cuatro batallones de infantería, cerca de mil combatientes a caballo y diez piezas de artillería. Esto lo llevaba a la necesidad de reforzar su propio ejército: ordenó entonces la leva compulsiva de todos los varones en edad de combatir, y la requisita de caballos, para formar un cuerpo de caballería.

En ese proceder organizativo estaba cuando le llegó la orden del gobierno central que le indicaba retroceder hasta Córdoba. Delante de sus subalternos se dio el gusto de putear a Rivadavia, quien, con su ignorancia supina, no comprendía que retirarse era abandonar a hermanos y a un pedazo de la Patria, difícil de volver a recuperar. Solo Chiclana en Buenos Aires lo entendió, y se negó a suscribir la orden que Rivadavia y Pueyrredón le remitieran a Belgrano.

Ya que no existían condiciones favorables para enfrentar a los realistas en Jujuy, Belgrano ideó la estratégica maniobra de retirarse con el ejército y el pueblo todo hacia Tucumán, y allí rearmar su defensa.

Tenía que ganar a su segundo, Díaz Vélez, y a todo su Estado Mayor, para rechazar esa orden y aprobar la retirada solamente hasta Tucumán.

El segundo jefe del Ejército Auxiliar, el Mayor General Eustoquio Díaz Vélez, gozaba de la confianza y la amistad de Manuel Belgrano. Se habían conocido durante la primera invasión inglesa en la cual Díaz Vélez, que revistaba en el Regimiento de Blandengues de la Frontera, había sido incorporado como ayudante segundo, graduado de teniente, a la Legión de Patricios.

En los sucesos de mayo de 1810, Díaz Vélez, ya con sus galones de capitán, era un definido “morenista”. Belgrano lo volvió a ver en una reunión secreta en la casa de Juan Martín de Pueyrredón, donde se convocaran los principales jefes de milicias con el propósito de no reconocer al nuevo virrey. Allí estaban, además de los nombrados, Saavedra, Juan José Viamonte, Miguel de Azcuénaga, Juan José Castelli y Juan José Paso.

Algunas jornadas después, Díaz Vélez, con Terrada, Balcarce y Bustos, comandaron las fuerzas de la Fortaleza que se hicieron con el control del lugar mientras otros patriotas subían al despacho de Cisneros para exigirle el Cabildo abierto. Eso fue determinante para que el Virrey, ya sin apoyo militar, cediera a la demanda. Cuando por fin se realizó el Cabildo abierto del 22 de mayo, Eustoquio fue el jefe de guardias de los soldados ubicados en la Plaza Mayor y dentro del Cabildo, y facilitó, haciendo la vista gorda a las invitaciones duplicadas que los patriotas

secretamente imprimieran, el acceso a los que no habían sido invitados.

Cuando Belgrano se hizo cargo del escuálido ejército, reemplazando a Pueyrredón, Eustoquio Díaz Vélez fue nombrado mayor general en su carácter de segundo jefe.

Poco le costó a Manuel convencer a su segundo para que adhiriera a su plan; ahora faltaba convencer a los oficiales.

## **El éxodo heroico**

Belgrano perdió los estribos ante la orden de Buenos Aires. Se veía que a los porteños solo les importaba que su ejército estuviese más cerca del puerto para que los defendiera mejor. Convocó a sus oficiales y les planteó el tema. En su Estado Mayor estaban veteranos oficiales como Díaz Vélez o Balcarce, junto a oficiales jóvenes como Manuel Dorrego, José María Paz y Gregorio Aráoz de Lamadrid. Además de la aceptación a su propuesta por parte de su segundo jefe, tuvo la satisfacción de que tanto Dorrego como Lamadrid en primer lugar, y luego otros oficiales, opinaran a favor de desobedecer esa orden claudicante; preferible morir luchando por la Patria en esas montañas que huir de los realistas dando un mal ejemplo a la población que confiaba en ellos.

—¿Son conscientes —les dijo Manuel— de que desobedecer esa orden les puede acarrear sanciones graves?

—¡Somos conscientes! —contestaron todos.

Belgrano intentó que la emoción no lo traicionara.

Con ese respaldo el general planteó su estrategia, con el argumento de que la crítica situación exigía medidas extremas.

—Sabemos que Goyeneche recuperó Cochabamba y se dirige hacia La Quiaca; es de prever que desde allí se vendrá hasta Jujuy. No estamos hoy en condiciones de presentarle batalla aquí. Mi idea es ordenar una retirada general de Jujuy hacia Tucumán; no solamente de las fuerzas del Ejército, sino también de toda la población —Miró a su auditorio, que escuchaba atentamente—. Y no dejar nada que le sirva al enemigo. Hacer retirar ganado, cosechas, carros, caballos, elementos útiles, hasta los perros. Y lo que no se pueda llevar lo quemaremos. Dejar tierra arrasada —Hablaba y miraba los rostros de sus oficiales, y comprendía que apoyaban su estrategia, aunque supusiera medidas muy fuertes que cambiaba la vida de todos los jujeños y de ellos mismos—. Esto nos permitirá reagruparnos más al sur, reforzarnos y elegir nosotros dónde daremos batalla. Y esto nos servirá para unirnos más con los patriotas civiles, desarticular a los enemigos infiltrados en la población, y ganar a los indecisos. Quiero sus opiniones.

Se hizo un silencio caliginoso; nadie se movía de su lugar. Comenzó Lamadrid dando su acuerdo; le siguió Balcarce y luego todos los demás oficiales. Belgrano esbozó una amplia sonrisa y se relajó:

—¡Gracias compatriotas! Venderemos bien cara la salud de la revolución. Propongo explicar bien a fondo por qué y para qué planteamos retirarnos todos; mandaré a los hacendados, labradores y comerciantes a retirar sus ganados, cosechas y mercancías, para no dejarles nada a los realistas.

Y sugiero aprobar el siguiente Bando. Leo:

“Pueblos de la Provincia: Desde que puse el pie en vuestro suelo para hacerme cargo de vuestra defensa, en que se halla interesado el Excelentísimo Gobierno de las Provincias Unidas de la República del Río de la Plata, os he hablado con verdad. Siguiendo con ella os manifiesto que las armas de Abascal al mando de Goyeneche se acercan a Suipacha; y lo peor es que son llamados por los desnaturalizados que viven entre vosotros y que no pierden arbitrios para que nuestros sagrados derechos de libertad, propiedad y seguridad sean ultrajados y volváis a la esclavitud.

Llegó pues la época en que manifestéis vuestro heroísmo y de que vengáis a reunirnos al Ejército a mi mando, si como aseguraréis queréis ser libres, trayéndonos las armas de chispa, blanca y municiones que tengáis o podáis adquirir, y dando parte a la Justicia de los que las tuvieron y permanecieren indiferentes a vista del riesgo que os amenaza de perder no solo vuestros derechos, sino las propiedades que tenéis.

Hacendados: apresuraos a sacar vuestro ganado vacuno, caballares, mulares y lanares que haya en vuestras estancias, sin darme lugar a que tome providencias que os sean dolorosas, declarandóos además si no lo hicieseis traidores a la patria.

Labradores: asegurad vuestras cosechas extrayéndolas para dicho punto, en la inteligencia de que no haciéndolo incurriréis en igual desgracia que aquellos.

Comerciantes: no perdáis un momento en enfardelar vuestros efectos y remitirlos, e igualmente cuantos hubiere

en vuestro poder de ajena pertenencia, pues no ejecutándolo sufriréis las penas que aquellos, y además serán quemados los efectos que se hallaren, sean en poder de quien fuere, y a quien pertenezcan.

Entended todos que al que se encontrare fuera de las guardias avanzadas del ejército en todos los puntos en que las hay, o que intente pasar sin mi pasaporte será pasado por las armas inmediatamente, sin forma alguna de proceso. Que igual pena sufrirá aquel que por sus conversaciones o por hechos atentase contra la causa sagrada de la Patria, sea de la clase, estado o condición que fuese. Que los que inspiren desaliento estén revestidos del carácter que estuviesen serán igualmente pasados por las armas con solo lo deposición de dos testigos.

Que serán tenidos por traidores a la patria todos los que a mi primera orden no estuvieran prontos a marchar y no lo efectúen con la mayor escrupulosidad, sean de la clase y condición que fuesen.

No espero que haya uno solo que me dé lugar para poner en ejecución las referidas penas, pues los verdaderos hijos de la patria me prometo que se empeñarán en ayudarme, como amantes de tan digna madre, y los desnaturalizados obedecerán ciegamente y ocultarán sus inicuas intenciones. Más, si así no fuese, sabed que se acabaron las consideraciones de cualquier especie que sean, y que nada será bastante para que deje de cumplir cuanto dejo dispuesto.”

Cuartel general de Jujuy 29 de julio de 1812

*Manuel Belgrano*



Belgrano no hacía más que aplicar la experiencia que le jugara en contra en Paraguay, donde él y sus hombres cuando entraban en territorio guaraní dominado por los godos se encontraban con tierra arrasada y poblados fantasmas.

Más de veinte días, actuando contra el reloj, llevó vencer, preparar al pueblo y crear las condiciones para concretar la retirada. Se diría que la ciudad era un hormiguero pateado, enloquecido, que comenzaba a organizarse para migrar. Belgrano destinó a sus jóvenes oficiales, el capitán José María Paz, de 21 años y Manuel Dorrego, de 25 años, a quien ascendiera a coronel, a que se pusiesen al frente de la organización de esa gesta popular. Mientras tanto los baqueanos de Güemes iban siguiendo el avance del enemigo e informando diariamente. Se vaciaron las viviendas de todo lo que se podía llevar; se levantaron las cosechas, y las que no, fueron incendiadas, por consentimiento o por la fuerza. Se arrearon los hatos de cabras y cerdos y se cargó en los carros todo instrumento de labranza, muebles y ropas, cuidando de dejar lugar para los enfermos, niños y ancianos que no podrían caminar. Un carro fue asignado como hospital ambulante; allí viajarían el par de médicos y las enfermeras con que contaban, unas pocas mulatas comandadas por María Remedios del Valle. Otro carro se adaptó como zapatería ambulante, dado que habría que ir fabricando botas de potro para reemplazar los calzados que se gastaran. Se organizó un depósito ambulante de charqui de guanaco y llama, chuños de papa y bolsas de cuero con agua.

Se contaminaron los aljibes. Ni el hambre ni la sed podrían saciar los realistas cuando llegaran. Se encontrarían con tierra arrasada por sus propios habitantes. Claro que había quienes no estaban de acuerdo en retirarse de sus viviendas, de sus parcelas, de sus bienes. Algunos se escondieron en los montes para que el Ejército no los obligara a irse, y así poder retornar a sus hogares cuando los soldados se hubieran ido. Pero fueron los menos. El grueso de la población entendió que ese sacrificio era por la Patria. Los acaudalados, los realistas de Jujuy, sencillamente se fugaron dejando sus propiedades y haciendas.

Una noche de agosto, hostil por el frío y el viento reinantes, salió Belgrano con su Ejército y con la población de Jujuy, obediente y confiada en su general. Tomaron por el camino de las Postas. La decisión de partir y abandonar todo se había tomado después de largas conversaciones y debates, en mateadas y churrasqueadas por las noches en los ranchos vecinos, en reuniones con delegaciones en el Cabildo, en reuniones públicas en la plaza, y hasta en comercios y pulperías, y ahora no había marcha atrás. En esas reuniones se aprovechó también para reclutar nuevos combatientes, hombres y mujeres, que se sumaban con machetes y cuchillos, y los que no tenían con picos, palas y rastrillos como armamentos.

La decisión se subordinó a apostar al todo o nada o a la sumisión a España, y esa gente sufrida, pobre y falta de todo, optaba por la revolución que le ofrecía una rebelión digna y patriótica.

“¡A ver qué opina el Triunvirato cuando se entere de esta actitud de todo un pueblo!”, se dijo Belgrano y les dijo a sus oficiales.

El comandante en Jefe de ese Ejército Auxiliar del Norte, no repuesto aún del todo, iba al frente de su tropa cubierto con un poncho sobre su raída chaqueta; el poncho le cubría también media cara, para no tener que inhalar el aire frío de la Puna. Llevaba en su mochila el portapliegos que contenía la orden incumplida que le enviara Rivadavia. Un gran cansancio pesaba sobre su cuerpo entumecido; como casi siempre ese cansancio se componía de una parte producto de sus esfuerzos físicos y mentales, y por otra por la angustia de tener que desobedecer órdenes superiores, además de la soledad que sentía de no encontrar respaldo revolucionario en Buenos Aires. Lo consolaba que sus oficiales lo respaldaran a muerte. Sentía que sus decisiones pasaban por el albur de una ruleta rusa, revólver en la sien; si el próximo encuentro con el enemigo se transformaba en una derrota, no tenía dudas de que pasaría mucho tiempo entre rejas a su regreso a Buenos Aires; si es que tenía la suerte de regresar y si no se pensaba en pena mayor. Pero sus pensamientos negativos se disipaban de golpe al tener que atender la realidad.

Dispuso una retaguardia al mando del coronel Díaz Vélez para cubrir a la población que seguía al Ejército por si se acercaba el enemigo. Para tal misión Díaz Vélez formó un cuerpo de caballería que denominó “Los Patriotas Decididos”, integrados por gauchos jujeños, puneños y tarijeños, todos ellos aportando sus cabalgaduras, sus lanzas

y machetes. Gregorio Aráoz de Lamadrid condujo este cuerpo y se destacó por su valentía en las escaramuzas varias que tuvieron con los godos.

Esta retaguardia se veía reforzada por la caballería del batallón “Los Leales” de Manuel Ascencio Padilla y Juana Azurduy.

El éxodo fue esforzado. Había familias que viajaban en carretas, otros a caballo o mula, pero muchos a pie; los que tenían suerte lograban turnarse arriba de los carros, siempre dándole prioridad a ancianos, mujeres y niños. Cada tanto había que ocuparse de algún civil que desfallecía y no podía seguir; a esos los subían a las carretas, haciendo bajar a otros. Algunos terminaron viajando en camillas improvisadas con ramas y cueros. Unos pocos se ocultaban en algún accidente del camino para no continuar, quizás con la idea de retornar a su terruño. Pero otros, la mayoría, cuando Belgrano los cruzaba en su caballo revistando la columna, le gritaban: “¡Viva la Patria!”, y Manuel maniobraba su corcel de manera de ocultar la emoción que ese apoyo le producía. Belgrano alentaba a los que flaqueaban, se imponía ante los que podían dar síntomas de cobardía y estimulaba a los valientes. En esa labor no se dio tregua ni descanso.

Dormían muy poco, cuando podían detenerse, sin acampar porque no tenían condiciones para tanta gente y tenían al enemigo pisándoles los talones. Comían apenas de las raciones que se habían dispuesto, colectivamente, casi siempre carne charqueada, chuño, liebres o perdices cazadas, o algún guiso con las magras legumbres que habían podido acarrear.

Estaban los soldados asignados a darles forraje, acumulado en carros, a la caballada, a los animales pequeños y a los bueyes. El agua era otro problema; si bien llevaban agua en los recipientes que tenían, aprovechaban el cruce de algún arroyo o riachuelo para saciar la sed, cargar los recipientes y lavarse como podían. Algunos enfermaron por tomar agua contaminada con restos de animales muertos. Belgrano y varios de sus oficiales, asistidos por soldados, recorrían permanentemente la larga columna para atender las dificultades que se presentaban. Para el comandante en jefe del Ejército Auxiliar del Norte fue un tremendo esfuerzo que pudo soportar gracias al cariño de ese pueblo y de sus soldados.

Mientras tanto los realistas entraron en Jujuy. Un Jujuy desolado que parecía un pueblo fantasma. El coronel al mando de esa tropa escribió a su superior Pío Tristán: “No he encontrado en ella más que cuatro o cinco vecinos que han podido quedarse escondidos y una porción de mujeres honradas y niños que, anegadas en lágrimas por las confinaciones de maridos y padres, y de las pérdidas que han experimentado en sus casas y bienes, daban gracias al Todopoderoso de la llegada de las tropas del rey a quien aclamaban con repetidas voces”. Una desazón y una derrota moral para Pío Tristán.

Una semana de marcha y 250 kilómetros les llevó arribar al río de Las Piedras. Mientras la vanguardia cruzaba el río, el coronel Díaz Vélez, que se encontraba dos leguas atrás, fue atacado por los realistas. Belgrano, enterado del percance, hizo adelantar a los civiles y concentró sus fuerzas sobre la margen sur de dicho río, a la espera del enemigo. Este llegó,

se encontró con el grueso del Ejército patriota pie en tierra esperándolo. Hubo escaramuzas, con bajas de ambos lados; el teniente de Dragones Lamadrid fue herido, pero los godos llevaron las de perder y se retiraron. Esto le dio un poco de aire al general argentino, quien ordenó continuar la marcha.

Envió a Balcarce a Tucumán para informar que se acercaban los patriotas y detrás los realistas y para ver de disponer allí de alguna fuerza organizada de tucumanos con caballos y, si no había otra cosa, al menos con lanzas, machetes o piedras, por las dudas que los godos decidieran una ofensiva desesperada ese mismo día. Ya estaban previstas carpas, barracas, establecimientos para alojar a los jujeños.

Belgrano llegó a Tucumán con unos setecientos hombres de tropa, agotados, mal vestidos y mal armados. Hasta tanto pudiera incrementar sus fuerzas mandó disfrazar de soldados con armas los cardones del campo, los que vistos de lejos parecían realmente integrar una tropa; este ardid fue muy festejado por la soldadesca y la población, ya que engañó a los españoles que creyeron que las fuerzas de Belgrano eran mucho más de lo que pensaban.

La ciudad respondió al pedido del comandante con la movilización masiva de sus varones en condiciones de pelear, lo que sumó unos cuatrocientos combatientes más a la tropa y a los jujeños ya enrolados. Esto retempló el ánimo del general, quien inmediatamente escribió al gobierno de Buenos Aires lo siguiente:

“La gente de esta jurisdicción ha decidido a sacrificarse con nosotros, si se trata de defenderla, y de no, ¿no nos

seguirán y lo abandonarán todo?; pienso aprovecharme de su espíritu público y energía para contener al enemigo, si me es dable, y si no, ganar tiempo a fin de que se salve todo cuanto pertenece al Estado”. Les estaba diciendo al Triunvirato que desobedecía sus órdenes de bajar hasta Córdoba, porque no iba a dejar a la población de Jujuy y Tucumán indefensas y a los bienes del Estado a merced del enemigo.

Particularmente a Rivadavia le escribió: “El único medio que me queda es hacer el último esfuerzo, presentando batalla fuera del pueblo, y en caso desgraciado encerrarme en la plaza para concluir con honor; esta es mi resolución...” Le mandaba a decir que se jugaría al todo o nada, y que si se tenía que inmolar por la revolución, allí quedarían sus huesos.

El sacrificio personal de Belgrano y su amor a la Patria eran los pilares que lo mantenían en actividad, a pesar de sus dolencias. En una carta dirigida a Feliciano Chiclana le confesaba: “Todavía mi salud no quiere recuperarse, y estos tiempos húmedos me traen mal, pero como estoy persuadido que lo mismo es morir a los 40 que a los 60, no me importa, y voy adelante, quiero volar pero mis alas son chicas para tanto peso”.

El Ejército español, comandado por Pío Tristán, se acercaba con algo más de tres mil hombres. Llegó a Los Nogales a cuatro leguas de Tucumán.

Belgrano lo esperó en las afueras de la ciudad. Tucumán había quedado convenientemente defendida con fosos y trincheras. Fortificó la plaza, dejando en ella una pequeña guarnición. El grueso del ejército se ocultó en los

bosques que circundan la ciudad. A esa altura el Ejército del Norte contaba ya con mil ochocientos hombres y sus convicciones intactas. Los oficiales revistaron a las tropas, verificando las bayonetas en sus fundas del corraje, la cartuchería con las piedras para las llaves de chispa de los fusiles, las cureñas con sus cañones aceitados y preparados y la caballada como Dios manda con sus lanceros formados.

## **La batalla de Tucumán**

El 24 de septiembre de 1812, a la mañana temprano, el jefe realista, Pío Tristán, ordenó marchar hacia la ciudad por el paraje llamado Los Pocitos. Entonces fue que resultó útil la inteligencia patriota: el teniente de Dragones, Lamadrid, ya repuesto de su herida en el combate de Las Piedras, al acecho, ordenó incendiar los campos; con el viento sur como aliado, el fuego se fue encima de los españoles desordenando sus columnas. El pánico se instaló entre los infantes que corrían para todos lados para evitar las lenguas de fuego, sin hacer caso a las órdenes de sus oficiales. Simultáneamente, Belgrano se encontraba, desde el alba, al frente de sus tropas en una zona escabrosa elegida adrede para dificultar el desplazamiento enemigo.

Belgrano tenía dispuesta la caballería en dos alas: la derecha al mando de Balcarce y la izquierda con el coronel Eustoquio Díaz Vélez al frente. Muchos de esos jinetes llevaban puestas sus gualdrapas o guardamontes de cuero, las que representaban escudos naturales por lo menos de la



cintura para abajo. La infantería se constituía de tres columnas, comandadas respectivamente por el coronel José Superí, el capitán Ignacio Warnes y el capitán Carlos Forest, quedando una cuarta columna de reserva al mando del coronel Manuel Dorrego. La poca artillería la mandaba Eduardo Holmberg. Belgrano le ordenó al jefe de artillería que comenzara el ataque bombardeando a los batallones realistas que avanzaban cargando a la bayoneta. Inmediatamente envió a la infantería de Warnes, a paso de ataque y con bayoneta calada mientras que Balcarce con sus lanceros cargaba sobre el flanco izquierdo de Tristán, desbandando a la caballería y la infantería enemiga; dando espantosos alaridos y golpeando los guardamontes producían un ruido impresionante. El ímpetu de la carga fue tanto que llegaron hasta la propia retaguardia realista. El ruido ensordecedor de los cascos de los caballos y el estallido de las metrallas de los cañones generaba pánico en la infantería. El olor a pólvora, a sangre y a bosta inundaba todo.

Por el otro lado del frente la situación se hacía confusa y desordenada, variando el orden de la iniciativa: ora avanzaban los realistas, ora los patriotas, cambiando el curso de la batalla. Al crepitar de la fusilada, los oficiales patriotas hacían enormes esfuerzos para que sus unidades no se desarmaran y mantuvieran un relativo orden dentro del caos.

Se peleaba a sable, bayoneta o machete cuerpo a cuerpo; cuerpo a cuerpo significa que el combatiente huele el olor a sudor de su contrincante, el aliento de la boca deformada del otro, siente las manos del enemigo aferrándose

a su cuerpo y ve sus ojos aterrorizados, como el otro ve los suyos. Busca desesperadamente hundir su arma en el cuerpo del enemigo y sabe que el rival persigue lo mismo.

El panorama era sangriento; zurreaban las balas sobre cientos de cadáveres esparcidos, de heridos mutilados pidiendo asistencia a los gritos, de caballos relinchando de dolor y pánico con sus tripas enredadas entre sus patas, de combatientes de ambos lados tratando de escapar de tanto horror. Enjambres de moscas, convocadas por el intenso hedor, se posaban en la tierra donde la sangre se iba filtrando lentamente.

En medio de la batalla se veía a las auxiliares enfermeras asistiendo a los heridos, dándoles agua que llevaban en cántaros sobre sus cabezas, o si era necesario, empuñando algún fusil dejado por su dueño. Estas mulatas eran parte del Ejército Auxiliar desde su constitución. Belgrano ni enterado estaba de esta participación, pero cuando le contaron la valiente actuación de María Remedios del Valle, con convicción y orgullo no dudó en nombrarla capitana.

Al agonizar el combate y el día, no se sabía si el intenso color rojo del cielo era por las salpicaduras de sangre derramada o por la puesta de un sol indiferente a esa tragedia.

En un momento determinado, Díaz Vélez y una parte de la infantería de Dorrego se encontraron en un sector del campo de batalla en el que la artillería goda estaba instalada y, debido a los desplazamientos de las formaciones, había quedado prácticamente indefensa. Redujeron a los pocos solda-

dos que la protegían y se alzaron con carretas repletas de armas y municiones y unos cuantos cañones. Con tales trofeos, Díaz Vélez hizo retroceder a la infantería hasta las fosas y trincheras que defendían a la ciudad y desde ese lugar montó una línea de custodia de Tucumán, sumando la artillería conquistada. Aguardó el desenlace entre las fuerzas mandadas por Belgrano y Tristán en una tensa vigilia. Pero al margen de dicho resultado, no dudó en enviar al capitán José María Paz a comunicarle a su general que la batalla estaba ganada. Lo mismo opinó Balcarce, cuando llegó frente a Belgrano, al evaluar la cantidad de cadáveres españoles y despojos, de caballos muertos, que cubrían todo el campo de batalla.

Belgrano requirió a su edecán, teniente coronel Francisco Pico, quien se encontraba unos metros detrás de su comandante.

–Francisco: nos llega información que indica que hemos ganado la batalla. Envía emisarios a todos los cuerpos con mi orden de reagrupar todas nuestras fuerzas aquí.

Le llevó toda la tarde a Belgrano juntar sus tropas. Cuando ya estaban prácticamente completando el reagrupamiento, le pidió a su ayudante, el teniente Cabrera, que enviara un emisario a Díaz Vélez anunciando el regreso del Ejército a Tucumán. Cabrera lo envió al sargento Ismael González con la buena nueva.

En el interín Tristán intentó un par de escaramuzas contra la línea defensiva de Díaz Vélez, pero fue rechazado con contundencia desde las trincheras y desde las piezas de artillería que los patriotas les arrebataran a los españoles, ahora

comandadas con entusiasmo por Eduardo Holmberg. Tristán tomó la decisión final de ese día: replegarse hacia Salta.

Unificado ya todo el Ejército en Tucumán, se constató que Eustoquio Díaz Vélez y Manuel Dorrego se habían apropiado de trece cañones, trescientos cincuenta y ocho fusiles, varias carretas con setenta cajas de municiones y ochenta y siete tiendas de campaña; todo un riquísimo botín que venía a proveer de mayor capacidad bélica al Ejército del Norte.

En el parte de la batalla destinado al Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, tal la denominación oficial del Triunvirato, Belgrano informó que cuatrocientos cincuenta realistas murieron en el campo de batalla y fueron capturados, entre oficiales y soldados, seiscientos noventa en condición de prisioneros. Quedaron destruidos varios regimientos y cuerpos militares españoles. Las bajas argentinas fueron de ochenta muertos y un centenar de heridos. Manuel Belgrano no dudó en calificar a la batalla de Tucumán como “el sepulcro de la Tiranía”.

Ya en la intimidad de su Estado Mayor, junto a sus ayudantes de campo y de despacho, el máximo jefe militar se relajó y se animó a compartir algunas reflexiones:

–El heroísmo de nuestras tropas ha sido determinante para inclinar el resultado de esta batalla.

Sus oficiales asintieron y comenzaron a dar ejemplos de destacadas actuaciones por parte de cuerpos y de oficiales.

–Quiero que asuman –agregó Belgrano– el aporte de este triunfo a la revolución americana y al triunfo de la

independencia de América del Sud. Piensen que si obedecíamos las órdenes del Gobierno y nos retiráramos, o si quedándonos éramos derrotados en esta batalla, las provincias del norte se perdían para siempre, y los chapetones hubieran llegado a Córdoba desde donde se haría más fácil recibir ayuda desde la Banda Oriental y desde el Brasil. A partir de allí Buenos Aires podría haber caído en manos realistas, con lo que nuestra revolución hubiera llegado a su fin. Nuestro triunfo confirma lo erróneo de la apreciación de Rivadavia sobre el estado de la guerra aquí en el norte.

En su fuero íntimo Belgrano se congratulaba de haberle propinado un duro golpe a Bernardino Rivadavia, quien había deseado que el Ejército Auxiliar del Norte huyera hacia Córdoba para así proteger mejor su gobierno.

—Ahora debemos perseguir a los godos hasta sus propias madrigueras —dijo Eustoquio Díaz Vélez.

—Estoy de acuerdo —acotó Belgrano—. Aguardemos la información de nuestros rastreadores para tener una mejor composición del enemigo, el que por cierto estará bastante maltrecho. Mientras tanto debemos ocuparnos aquí de varias cuestiones: primero disponer el descanso de la tropa, atender adecuadamente a los heridos y enterrar a los muertos; segundo, hablar con las autoridades locales para ver en conjunto cómo se asimila a la población jujeña; creo que se hace necesaria una nueva leva para contar con los mejores hombres de Tucumán y Jujuy. Me informan que sucedieron algunos incidentes de convivencia entre tucumanos y jujeños; hay que atender esto. Ahora estamos bien de armas y municiones, gracias al coraje

de las fuerzas de Díaz Vélez y Dorrego, pero necesitamos más brazos y más caballada para el ejército de la Patria.

–Fue producto de la casualidad, no de nuestro coraje, general, el habernos apropiado de esas vituallas –agregó Manuel Dorrego–. Nadie en el ejército enemigo se preocupó por defender sus baterías.

–Hubo un murmullo de risas entre los oficiales. Todos se congratulaban de ese manotazo en medio de la batalla, que venía a crear mejores condiciones logísticas en el Ejército del Norte.

–General –se dirigió Díaz Vélez a su comandante en jefe–: creo que nuestro triunfo merece un brindis. He visto en el otro cuarto que su teniente Cabrera acumuló unas cajas con porrones de vino.

Belgrano lanzó una carcajada: –Compruebo que usted, mayor general, se especializa en descubrir escondrijos.

Todos rieron.

–Teniente –Manuel se dirigió a su asistente–: trae ese vino mendocino que no sé de dónde sacas, que vamos a brindar por la victoria; y trae también lo que prepararon para comer.

Hubo vítores y aplausos. Allí estaban Díaz Vélez, Lamadrid, Dorrego, Balcarce, Pinto, José María Paz, Cornelio Zelaya, el coronel Superí, los capitanes Warnes y Forest y el artillero Holmberg.

González y Luriel trajeron primero el vino, junto a varios jarros de lata, pocos, que deberían necesariamente compartir, y luego reaparecieron con fuentes cargadas de empanadas y asado.

Entonces los aplausos fueron más fuertes.

Belgrano sintió que ese momento de alegría y festejos era un bálsamo para su espíritu y su cuerpo. Se sentía acompañado por sus camaradas de armas. Habían triunfado y eso lo legitimaba al punto que no se sentía ya subordinado al Triunvirato, sino solamente a la Patria, la que evidentemente transitaba por otros andariveles.

Terminado el brindis entró discretamente al recinto el sargento Ismael González y llamó a su jefe, el teniente Tobías Cabrera. El teniente salió de la reunión y regresó a los pocos minutos.

—General —pidió permiso el teniente para hablar—, aquí le hacen llegar una nota las autoridades del Cabildo local.

Entregó la misiva a Belgrano quien la leyó y luego comentó:

—Además de las felicitaciones, del Cabildo nos convocan a una sesión extraordinaria para manifestar la gratitud del pueblo y entregarnos dinero y vituallas que han recogido al calor del triunfo de las armas de la Patria.

Hubo exclamaciones de júbilo.

—La sesión del Cabildo será mañana a la tarde. Considérense todos invitados. Se levanta la reunión, no así la cena. Disfrútenla.

Belgrano al salir le pidió al coronel Aráoz de Lamadrid que lo acompañara. Caminaron por el amplio patio interior de la residencia.

—Gregorio —le dijo Belgrano afectuosamente llevándolo del brazo—: quiero felicitarlo por su actuación en com-

bate. No solo mis oficiales me han hecho llegar sus loables opiniones sobre su accionar, sino que he comprobado en persona la admiración de sus soldados hacia usted.

–Gracias general –respondió el coronel con su voz recia, que se correspondía con su físico sólido–. A un patriota no se le agradece su disposición hacia la Patria.

–Es cierto, coronel, es cierto. Pero no puedo dejar de manifestarle mi satisfacción por contar con oficiales como usted. Y mi sentimiento es doble cuando el que se destaca en el combate es un hijo predilecto de esta ciudad.

Aráoz de Lamadrid no respondió. Siguieron caminando lentamente. Belgrano completó lo que quería decirle:

–No dudo que en un futuro cercano le investirán a usted con el máximo cargo público en esta provincia. Por ahora lo necesito en el Ejército. Mientras tanto sé que su ejemplo contribuirá a que muchos jóvenes tucumanos se enrolen para imitarlo.

–En eso sí que tengo ventajas sobre mis colegas. No queda hijo de pariente o amigo a quien no acose para que se vista con el uniforme de la Patria; y voy teniendo resultados.

Rieron ambos mientras aspiraban el dulce aroma de las magnolias y granadillas del patio.

Tras esta victoria quedó inmortalizada la frase “Tucumán sepulcro de la tiranía” en una medalla conmemorativa mandada a hacer por Belgrano en Potosí. Su bastón de mando, con todo un pueblo en procesión, fue entregado a la Virgen de la Merced, nombrándola “Generala del Ejército Patriota”. Manuel sabía que en esto de la religión también se jugaba una batalla.



En medio de tanta satisfacción recibió días después la noticia del fallecimiento de su primo, amigo y compatriota Juan José Castelli. Afectado de un cáncer de lengua expiró a los 48 años de edad. La noticia derrumbó a Manuel. Además de sentir la partida de su amigo, lo afectó el desamparo atroz que le producía el saber que ya no estaban ni Mariano Moreno ni Juan José Castelli para conducir la revolución. Parecía que el destino lo iba acorralando. ¿Cuánto más sobreviviría él? ¿En qué terminaría ese proceso que habían iniciado con tanto ímpetu? Estuvo varios días padeciendo fiebres, vómitos y pesadillas en sus sueños tumultuosos.

## **Cambio de Gobierno**

El efecto del triunfo de Tucumán repercutió rápidamente en Buenos Aires, haciendo que el prestigio del Triunvirato decayera abruptamente, ya que era conocida por los patriotas la postura del gobierno de no dar batalla y escamotear la independencia a la espera de tiempos mejores que no se sabía cuándo vendrían. Todo el pueblo se exaltó y salió a dar vítores por la calle. Desde la Sociedad Patriótica se arengaba explicando que se había triunfado en el norte, a pesar de no haberle suministrado a Belgrano lo que solicitara con desesperación reiteradas veces, y gracias a haber desconocido este las órdenes de no presentar batalla.

En el periódico *El Grito del Sud* el tucumano Monteagudo utilizó su exquisita pluma para honrar a los

mueritos en dicha batalla, y poner al Triunvirato, por elevación, al descubierto de su falta de compromiso con la independencia:

“Cuando yo veo a los guerreros del Tucumán insultar al peligro con denuedo, provocar la misma muerte con valor, abrir al fin su sepulcro con placer y presentarse luego a las legiones enemigas, más bien con el deseo de morir por la libertad que con la esperanza de vencer la tiranía; cuando yo los veo ... agonizar con las armas en la mano, al mismo tiempo que huían con pavor los alucinados siervos del protervo Goyeneche; oigo que los últimos suspiros de cada vencedor moribundo se dirigen a nosotros, proclamando en el mismo sacrificio de su vida la obligación que nos impone... El grande y augusto deber que nos impone la memoria de las víctimas sacrificadas el 24 de septiembre es declarar y sostener la independencia de América... Ciudadanos: ... Jurad la independencia, sostenedla con vuestra sangre, enarbolad su pabellón y estas serán las exequias más dignas de los mártires de Tucumán.”

Como estaba prevista la renovación de los integrantes del gobierno en ese mes de octubre, la Logia intentó colocar a Bernardo Monteagudo, un hombre suyo entre los nuevos, pero Rivadavia maniobró para proponer como candidato a un hombre de su confianza, Pedro Medrano.

El 8 de octubre la Logia Lautaro decidió tomar cartas en el asunto, entendiendo que había que priorizar una política que bregara por la independencia real y el fortalecimiento del

Ejército Libertador. Entonces esa mañana apareció la plaza ocupada con los granaderos de San Martín y los Arribeños de Ocampo. Chiclana, Sarratea y Pueyrredón como triunviros y Rivadavia como Secretario de Guerra tuvieron que renunciar. Rivadavia fue encarcelado por un tiempo y luego se lo envió a un destierro interior, al igual que a Pueyrredón.

Por votación de los representantes de Buenos Aires se designó el segundo Triunvirato, integrado por Nicolás Rodríguez Peña, Antonio Álvarez Jonte y Juan José Paso. Los dos primeros eran miembros de la Logia Lautaro, con lo que San Martín se aseguraba un gobierno afín a sus proyectos independentistas. Y Belgrano también, aún sin saberlo.

Inmediatamente la Logia Lautaro presentó un escrito contra los integrantes del gobierno destituido, en el que se los acusaba de ser “reos de lesa patria por haber atentado contra la libertad civil, por aspirar directamente a la tiranía, por fomentar y renovar sin pudor la más vil y criminal facción, por usurpar escandalosamente los derechos de los pueblos confederados y por haber quebrantado todas aquellas reglas que se impusieron con juramento y sancionó la libertad de las demás provincias libres”.

El nuevo Triunvirato dio vigor al proceso revolucionario. Envío hombres, armas y vituallas de todo tipo a Belgrano, además y principalmente, de darle su apoyo moral y político.

La decisión principal del nuevo gobierno fue convocar a elecciones para diputados a la Asamblea General Constituyente que representaría, a través de sus diputados, al conjunto de las Provincias Unidas del Río de la Plata. La convo-

catoria rezaba entre otras cosas: “España no puede justificar su conducta en constituirse ante el tribunal de las naciones imparciales, sin confesar, a pesar suyo, la justicia y santidad de nuestra causa (...) El eterno cautiverio del señor don Fernando VII ha hecho desaparecer sus últimos derechos con los postreros deberes y esperanzas las más ingenuas”.

La ligazón con España se iba cortando definitivamente. La Asamblea convocada tendría como objetivos la independencia y la sanción de una Constitución. Comenzaba una nueva etapa de la revolución.

## **Un reencuentro**

Solo en su dormitorio, Belgrano se sirvió una copa de cognac, comenzó a relajarse y a recapitular todas las sensaciones fuertes que había asimilado ese día de triunfo. Sentía que la victoria lograda reconstituía su fortaleza revolucionaria. Recién entonces percibió todo lo que se había jugado en esa batalla. Y la sensación de que valía la pena luchar por sus convicciones le reconfortaba el alma. Ese triunfo en esa batalla en Tucumán justificaba toda su existencia. Le daba sentido a toda su vida hasta entonces.

Pero no sería la última sensación fuerte de la jornada. El teniente Cabrera tocó suavemente a su puerta.

—Adelante, Tobías —Belgrano sabía que el único habitado para interrumpirlo era su asistente, así que descartó que no fuese él.

—Permiso mi general.

Manuel lo observó y notó la turbación del joven.

—¿Ocurre algún imprevisto Tobías?

—Me temo que sí. Mire general... Allí afuera hay una señora que dice que es familiar suyo e insiste en que la reciba.

—¿Familiar mío aquí en Tucumán?

—No precisamente... Ha viajado desde Buenos Aires para encontrarle a usted.

—¿Quién es esa persona? —preguntó con molestia Manuel.

—Su nombre es María Josefa Ezcurra, según me dijo.

Belgrano quedó petrificado. María Josefa era un amor suyo en Buenos Aires, de larga data. Se habían conocido estando él en el Consulado, en 1802, presentados por el padre de ella. Manuel tenía entonces treinta y dos años y María Josefa, diecisiete. Se enamoraron perdidamente; luego los padres de ella la casaron con un español adinerado, pero ese matrimonio no duró mucho, ya que en cuanto en Buenos Aires surgieron los primeros aires revolucionarios, el español concluyó que corrían peligro todos los súbditos del rey y se largó hacia la península, abandonando a su cónyuge. María Josefa y Manuel retomaron su relación, por cierto tumultuosa como era ya la propia vida de él, inmerso en la revolución. La primera separación había sido cuando Manuel tuvo que hacerse cargo de la expedición al Paraguay. Entonces María Josefa se resignó de mala gana a estar separados. Cuando a Manuel lo designaron al frente del Ejército Auxiliar del Norte, ella no aceptó la separación, y le comunicó que iría tras él. Belgrano pensó que era un capricho que se le pasaría, y ahora se enfrentaba a la promesa hecha realidad. Había

aceptado que ella, de cuando en cuando le enviara cigarros de hoja de regalo junto a alguna carta, pero nunca se imaginó que se le presentaría, así, en medio de la guerra.

—Hazla pasar, teniente —dijo con una voz tenue, no usual en quien estaba acostumbrado a dar órdenes.

Tobías Cabrera se percató de que la recién llegada no era una mujer cualquiera en la vida de su jefe.

Cuando María Josefa entró, Manuel la vio más bella que nunca. Su impulso hacia ella, mientras aguardaba a que entrase, era de reprimenda y hasta de enojo por presentarse así sin avisar, pero al verla, su sentimiento de amor barrió cualquier otro sentir. Quedaron ambos mirándose sin atinar a nada, y el teniente, unos pasos atrás, sin saber si convenía retirarse o aguardar órdenes como era de estilo.

—Teniente: puedes retirarte. No estoy para nadie a partir de este momento hasta nuevo aviso.

Para el joven Tobías la intriga por la presencia de esa mujer quedaba disipada. Se retiró, cerró la puerta y dio órdenes a la guardia que custodiaba al general para que nadie lo molestara hasta nuevo aviso. Los dos soldados veteranos movieron involuntariamente sus profusos bigotes en un gesto picaresco que el teniente vio pero que simuló no ver.

—Como me conoces —comenzó ella mientras dejaba su chal y abrigo sobre un sillón—, sabías que iba a cumplir con mi promesa de traerte personalmente los habanos que te regalo.

—Sí, no tenía dudas al respecto; solo que el cúmulo de mis obligaciones me habían hecho posponer la idea de aguardarte.

—O sea que me olvidaste —dijo ella con malicia suave, como quejándose, mientras avanzaba hacia él.

—No, de ninguna manera...

No lo dejó terminar de explicarse. María Josefa se puso en puntas de pie y le entregó el beso más dulce que podía ofrecerle.

Esa noche fue el reencuentro. Durmieron salteado y recién a media mañana, después de un succulento desayuno que Manuel le encargó al teniente Cabrera y que, vaya a saberse dónde consiguió el joven que se lo prepararan, comenzaron a dejar de hablar de ellos y sus sentimientos para abordar la situación política. Por suerte para Manuel ese día no contemplaba obligaciones militares urgentes, por lo que las pocas órdenes que tenía sobre la reorganización del Ejército, obsesión del general, las derivó a los oficiales de su Estado Mayor a través de su edecán.

María Josefa le comentó las novedades políticas en Buenos Aires; todavía no conocía el cambio de gobierno pero le describió certeramente la situación y los enfrentamientos políticos entre la Logia y el Triunvirato.

—Estoy seguro —dijo Manuel— de que la Logia pondrá en caja a ese Triunvirato pusilánime.

Manuel le describió el nuevo escenario en ese lejano norte, y el cambio de correlación de fuerzas que se presentaba gracias al triunfo allí en Tucumán.

—De todas maneras —comentó—, el devenir no es fácil. Mi Ejército está compuesto de patriotas valerosos pero adolece de preparación militar adecuada. Imagínate, querida María,

a estos bisoños adolescentes y a los rudos paisanos enfrentando a las tropas reales veteranas en las guerras europeas.

–Pero estos luchan por la Patria. Los otros defienden un estado monárquico que no todos quieren.

–Es verdad, María. Pero el soldado de Escuela, mientras adhiere a la causa que lo recluta, combate por ella con sus mejores virtudes. Los nuestros son diestros con las lanzas arriba de un caballo pero de armas de fuego y de formaciones militares no conocen nada. Pero mi custodia personal son lanceros, con lo que quiero mostrar mi valoración sobre esos hombres. Estoy convencido de que en una carga de caballería son más útiles las lanzas que las armas de fuego.

Siguieron departiendo pareceres. Lo que le quedó claro a María Josefa fue que Manuel tenía por delante una tarea ciclópea sobre cuya definición ninguno se animaba a vaticinar resultados, pero que conociendo la personalidad de él, estaba convencida de que la llevaría adelante hasta vencer o morir. También comprobó que ese objetivo, como una obsesión, iba deteriorando a Manuel física y espiritualmente.

El nuevo día y los siguientes fueron de fiesta en la ciudad. El pueblo estaba exaltado por el triunfo. Se sentían protegidos por Belgrano y su Ejército y así se lo manifestaban a sus hombres en la calle, en las tabernas, en cualquier lugar donde los pobladores se encontraban con los uniformados. Hay que aclarar que lo de “uniformados” era una forma de decir, ya que la mayoría de los combatientes adolecía de ropas reglamentarias y adecuadas.



Por cierto también fueron días de descanso, aunque la actividad de preparar al Ejército no disminuía, lo que le permitió a Manuel gozar de la presencia de su amada y compartir mucho tiempo con ella.

En esos días Holmberg fue llamado a Buenos Aires, con lo que se producía una baja sensible, pero también se sumaron algunos nuevos oficiales, entre los que se destacaba Juan Antonio Álvarez de Arenales, ese español que no dudó en ponerse al servicio de las armas patriotas en Chuquisaca en cuanto se desataron los aires revolucionarios. Unas semanas después se incorporaron algunos refuerzos enviados desde Buenos Aires al mando de los coroneles Gregorio Perdriel y Benito Álvarez.

Se terminó de asimilar al grueso de jujeños, por un lado gracias a la hospitalidad de los tucumanos y por otro a que el gobierno dispuso de instalaciones inherentes a sus funciones para utilizar de alojamientos. También el gobierno se encargó de la comida. Era una situación anómala que persistiría hasta que pudiesen los jujeños retornar a su ciudad.

## **El fantasma de Paraguay**

Con fiebre o sin fiebre, dormido o despierto, Belgrano tenía sueños, a veces pesadillas, referidas al Paraguay... Los recuerdos de aquello habían reverdecido, sin poder evitarlo, desde que estaba al frente del Ejército Auxiliar del Norte. Suponía que lo que podía llamar pesadillas (en sus sueños o en sus duermevelas) le traían al presente sus miedos al fra-

caso, al ridículo, al oprobio, como un alerta para no repetir la tragicomedia de su enjuiciamiento por su actuación en Paraguay, con resultado incierto. Como diciéndole ¿por qué te volviste a meter?

...Estaban en Candelaria. A eso de las dos de la mañana ordenó embarcar en las balsas, construidas como se había podido, para cruzar el Paraná y atacar por sorpresa a los españoles y paraguayos realistas. Cuando empezó a rayar el día y la selva se despertó con su sinfonía de colores, cantos y ruidos, las balsas avanzaron en formación de batalla con los soldados de pie sobre los costados y los oficiales en los centros. Desembarcaron dentro de un bosque espeso que había abandonado el enemigo. Cuando el sol asomó por encima de la vegetación, salieron a buscarlo. Lo encontraron poco más allá. Después de un breve pero intenso intercambio de fuego los paraguayos huyeron abandonando artillería, municiones y una bandera. Ese día se festejó con asado sin sal ni pan, provisto por el escaso ganado en pie que aún se conservaba.

Belgrano confiaba en encontrar en Paraguay partidarios de la causa, pero no fue fácil.

Aquí lo despertó Luriel trayéndole una tisana recomendada para el descanso y haciéndole ver, sin proponérselo, que estaba en Tucumán y no en Paraguay. Se percató de que estaba soñando, aunque el indio pensó que no, que estaba despierto y por eso se animó a espabilarlo. Tomó el té, notó que estaba sudando allí en su sillón de trabajo, vestido de general, sin saber bien qué hora era, pero se abandonó a que su mente

siguiera el itinerario que había utilizado, ahora ya despierto, porque le interesaba volver al Paraguay.

...Luego la situación cambió: venían en retirada soportando todos los sinsabores de la guerra y la naturaleza. Las lluvias eran continuas. No había arroyo que no tuvieran que cruzar con el agua hasta la cintura y las armas en alto o, al menos, mojándose las piernas. El acoso de los mosquitos era intolerable. Retrocedieron hasta el río Tacuarí en Misiones. Allí Manuel sancionó una serie de medidas en beneficio de la poca población que encontraron y en honor a la revolución: devolución de todos sus bienes a los indios misioneros; libre comercio de sus producciones; igualdad de derechos civiles y políticos; distribución de tierras públicas; eximición del pago de impuestos; prohibición de castigos corporales; fundación de escuelas. Aspiraba a que esas medidas, aunque eran más formales que reales aún, mostraran la verdadera cara de la revolución en toda la región. ¡Por fin la revolución! Belgrano sabía que la revolución era eso: medidas concretas que ansiaba el pueblo sufriente y pobre. Esas medidas, encuadradas en un Reglamento fueron publicadas en idioma guaraní. ¡Llegaba la revolución en idioma guaraní pero faltaba difundirla más para que se hiciera carne!

Le escribió a Mariano Moreno sobre la cuestión de los gastos de la expedición, los que eran difíciles de solventar. Entonces, para no esperar más, decidió expropiar los bienes de los españoles: “ellos han de ayudar a nuestros gastos, y por lo tanto he mandado rematar la estancia de uno que ha fugado a Montevideo”. En la misma carta le explicaba a

Moreno los problemas que tenía con la formación militar de sus oficiales. Le contaba: “lo que es mucho es en verdad la ineptitud de los oficiales pero no pierdo intento de instruirlos y de obligarlos a que se instruyan”.

Como coronel que era, decidió donar la mitad de su sueldo para el mantenimiento de esa expedición.

Se preocupó de mantener informados a los miembros de la Junta revolucionaria sobre su accionar. En una misiva al presidente de la Junta, Cornelio Saavedra, le manifestó las dificultades que tenía, y agregó: “también es verdad que después me quedan otros obstáculos de tamaño; ¿pero a qué hemos venido? A vencerlos; tendremos nuestros contrastes, acaso adversos, mas no por esto hemos de abatirnos: dinero, pólvora y ¡vamos adelante!” Sus notas reflejaban un optimismo y una fortaleza que, en realidad, no tenía. El húmedo clima de la Mesopotamia minaba su organismo.

En cierto momento apareció el enemigo. Gran parte de las fuerzas patriotas fueron rodeadas y abatidas. Pero Belgrano contraatacó al frente de una columna de más de doscientos soldados; el enemigo vaciló y fue derrotado temporariamente. Entonces Belgrano, fiel a su objetivo de confraternización, propuso un armisticio. Planteó que las armas de la Patria habían ido a auxiliar al Paraguay y no a conquistarlo, pero que si los paraguayos no consentían en ello, el ejército estaba dispuesto a repasar el río Paraná, evacuando la provincia para evitar derramamientos de sangre entre hermanos. ¡La revolución también era eso!: no respondía al afán de conquista y poder; era unidad y fraternidad entre

hermanos. Se sentó a una mesa improvisada entre el humo de la pólvora y los ayes de los heridos, cubierto por una lona que sostenían dos soldados para protegerlo de la intensa lluvia que se había desatado y escribió: “Artículo primero: Habrá desde hoy paz, unión y entera confianza, franqueza y libertad de comercio de todos los frutos de la provincia, incluso del tabaco, con las del Río de la Plata y particularmente con la de Buenos Aires”. Ese concepto había sido el espíritu de la expedición al Paraguay. No se sentía, por ende, derrotado en esa campaña. Se sentía derrotado por Buenos Aires, adonde volvería en las próximas horas sin saber qué le esperaba. Él rendiría cuentas solamente a la Patria; no a ésos que se amparaban en la revolución, tal vez para impedir la. La sombra de Moreno protegía su propia dignidad y no la iba a regalar así nomás.

Durante una tensa espera trataron de recuperarse comiendo charqui vacuno y chuño blanco; un batallón más afortunado cazó un tapir y se prepararon una chanfaina con su carne y con lo que pudieron agregarle.

Las orillas del río Tacuarí fueron testigo de la derrota más gloriosa y fructífera de nuestra historia. Cuando el general Cabañas le intimó la rendición, Belgrano insistió en no capitular. Cuatro combates y una resistencia heroica conmovieron al general Cabañas, que ofreció un armisticio dignísimo. Los argentinos desalojarían el Paraguay con devolución de prisioneros.

Belgrano cautivó a Cabañas, primero por su persona y después por sus planes, que eran los de la revolución. Y al

regreso a Asunción, el ejército de Cabañas depuso al régimen colonial. El objetivo se había cumplido.

Este final no era ninguna pesadilla.

## **Proceso y absolución**

Estaba bien despierto cuando recordó su caída en desgracia. Le habían ordenado ir a la Banda Oriental; allí recibió la orden por la que se lo relevaba del mando y se lo obligaba a comparecer en Buenos Aires en un proceso que se le iniciaba. Pensó en Moreno: si él hubiera estado, la revolución seguiría su marcha; ahora parecía que todo estaba perdido. Pensó en el desdichado de Castelli e imaginó su caída desde la altura del reconocimiento y los honores al charco infamante del oprobio. Recordó cuando no hacía tanto tiempo, junto con la orden de atravesar el río Uruguay para reunirse con las milicias de Artigas y las fuerzas de Rondeau, con el fin de hacer frente a de Elío que había vuelto a Montevideo con su título de virrey bajo el brazo, le llegó su nombramiento de Brigadier. ¡Qué ironía!: de su distinción y reconocimiento a su procesamiento. Él había decidido en aquel momento no aceptar su promoción porque nunca había pensado actuar por interés ni distinciones y porque previó entonces la multitud de enemigos que por envidia podía acarrearle el grado otorgado. Así se lo había hecho saber a sus amigos, pero éstos no aceptaron sus razones. Ahora, ante la orden de relevo, se daba cuenta de que ya existía esa multitud de enemigos en su propio bando. Lo primero que se le ocurrió

fue resistir, no tanto por él sino para defender a sus amigos de la influencia de Saavedra y su camarilla; pero prevaleció en definitiva el temor a que lo acusasen de ambicioso de gloria militar, por lo que terminó accediendo. Dejó el mando en manos de Rondeau y partió hacia Buenos Aires. Recordó los esfuerzos y el valor que pusiera su tropa a lo largo de la campaña. ¿Todo eso había sido en vano? Sabía que no, que había dejado prendida la causa de la independencia, al punto que en el Paraguay ahora había dos posturas contrapuestas e irreconciliables: las de los porteñistas y los autonomistas. Había fundado dos pueblos: Mandisoví y Curuzú Cuatiá y había difundido entre los indígenas los derechos que la revolución les reconocía. ¿Qué más?

El 6 de junio de 1811 se inició la causa contra Belgrano en Buenos Aires. Moreno había sido asesinado y Castelli acababa de ser destituido producto del desastre de Huaqui, encarcelado y padeciendo un juicio que le iniciara el primer Triunvirato. La revolución, por esos días, parecía que agonizaba.

No había acusaciones concretas sino una confusa, laudina y anónima “petición del pueblo para que se presentaran los cargos que se considerasen”. Toda una maquiavélica conspiración contra el general. Este, incómodo, comparecía sin saber bien de qué se trataba.

El coronel Marcos González Balcarce fue designado fiscal militar. Lo primero que ordenó fue publicar bandos entre la tropa de la expedición que Belgrano comandara y en el Ejército de la Banda Oriental, además de ubicar

cartelones públicos llamando a ciudadanos y militares que pudieran aportar cargos. No hubo respuestas concretas ni en ese ni en un segundo llamado. Entonces fueron los oficiales que actuaran bajo las órdenes del acusado quienes presentaron un escrito declarando “que no había un oficial ni un soldado que tuviera la menor queja que producir contra él” y rematando que lo hacían “sin que a esto nos haya impelido otra causa que el amor a la justicia, y salvar el buen nombre de un patriota, a quien vimos sacrificarse en todas ocasiones en obsequio de la Patria y de la gran causa que defendemos”. Agregaba el escrito: “el heroico valor con que logró que nuestras armas se cubriesen de gloria en los memorables ataques de Candelaria, Paraguarí y Tacuarí”. Este documento más las declaraciones de numerosos oficiales fueron contundentes para salvar el honor y la inocencia en los cargos con que se lo acusaba al general en jefe de la expedición. Finalmente el juicio culminó con la absolución del acusado, la que fue reflejada en la *Gazeta* con el siguiente texto: “Belgrano ha servido bien a la Patria... La Patria lo llamó para que lo justificase, y él lo ha hecho. La Patria confiesa y lo publica, y el decreto siguiente de la Excma. Junta será un testimonio perpetuo de ello, que funde su reconocimiento y sirva de estímulo a los demás: ‘Vistos con lo expuesto por el Excmo. Cabildo, alcaldes de barrio y oficiales del ejército del Norte, se declara que el general don Manuel Belgrano se ha conducido en el mando de aquel ejército con un valor, celo y constancia dignos del reconocimiento de la Patria; en consecuencia queda



repuesto en los grados y honores que obtenía, quedando en conformidad de lo acordado en las peticiones del 6 de abril, y para satisfacción del público y de este benemérito patriota, publíquese este decreto en la *Gazeta*.”

Dos meses duró para Belgrano la angustia y sufrimientos por esa canallada. Ahora le llegaba la absolución y con ella la satisfacción de haber echado por tierra la intención de hundirlo; quedaba claro que la maniobra contra él perseguía defenestrarlo y encarcelarlo. Los enemigos de la revolución, los mismos que habían asesinado a Mariano Moreno en alta mar, habían enjuiciado a Juan José Castelli, habían desterrado a Domingo French a la lejana Patagonia, también confinado a lejanos lugares a Beruti y Donado, encarcelado en Luján a Larrea, según se había anoticiado, visualizaban en él un peligroso enemigo. Se preguntó: ¿Habían sido ingenuos Moreno, Castelli, él y tantos otros en subestimar las fuerzas de los que no querían la independencia? ¿Los alejamientos de Buenos Aires de él yendo al Paraguay y de Castelli al norte, habían sido adrede, para debilitar más a Moreno? Las respuestas a esas preguntas quedarían sin formularse por ahora. Lo cierto era que la maledicencia reinante hacia él minaba imperceptiblemente su estado de ánimo y le imponía un peso brutal sobre su sentido de la responsabilidad frente al Ejército Auxiliar del Norte. No quería volver a pasar sinsabores y angustias como esas.

## **Bandera y marcha hacia la victoria**

Seguían los festejos populares en Tucumán. Belgrano era el héroe indiscutido. No podía salir a las calles sin que lo rodearan hombres y mujeres para palmearlo, darle la mano, saludarlo.

–¡Felicitaciones, general!

–¡Viva el héroe de la Patria!

–Héroes son nuestros combatientes, paisano –respondió Manuel–. Especialmente nuestros muertos en el campo de batalla.

El general se hacía acompañar, cuando salía, por María Josefa Ezcurra, el teniente Tobías Cabrera y dos soldados más: el sargento Ismael González y el cabo Luriel.

Al pueblo le caía bien ver caminar amartelados al general y a esa hermosa mujer, sobre la que especulaban si era nortea o abajeña.

Una mujer mayor se acercó al general, quiso besarle una mano pero el indio Luriel lo impidió:

–General –le dijo la mujer a Manuel, superando a la custodia–: tengo dos hijos en edad de combatir que pongo a su disposición.

–¡Dios la bendiga compatriota!

Caminaban entre la gente recibiendo saluciones y muestras de cariño, como el general no había experimentado. Terminaron visitando algunos lugares de exhibición de artesanías.

El reclutamiento era una obsesión de Manuel. Necesitaba un Ejército más grande, mejor organizado y disciplinado,

sobre todo porque estaba seguro de que los realistas, estuviesen donde estuviesen, se estarían también reorganizando y recibiendo refuerzos desde Lima. La diferencia entre ambas fuerzas residía en que los españoles, por lo menos la parte que venía de Europa, tenía experiencia de combates con ejércitos bien formados en el viejo continente. Belgrano persistía en hacer del suyo un ejército lo más profesional posible: reorganizó el parque y la maestranza, mejoró el servicio de Sanidad, un Cuerpo de Ingenieros y una Compañía de Guías. Además reforzó la disciplina, apoyándose en lo que ya había avanzado Holmberg, acostumbrando a las formaciones a revistas periódicas y ensayos generales.

“Mucho hay que hacer”, se decía, “y mucho que trabajar para poder dar forma a esto que se llama ejército y que, reunido, tal vez no formaría un regimiento”.

Ese objetivo le llevó casi cuatro meses. Belgrano disfrutó de ese período de paz en compañía de su amada. Cuando llegó el momento de partir le costó bastante convencer a María Josefa de la imposibilidad de llevarla consigo; ayudó a la definición el hecho que ella sentía que podía estar embarazada, por lo que se resignó a quedarse en Tucumán bajo la promesa de que él la llamaría a su lado cuando las condiciones lo permitieran; y si no lo permitían, lo más atinado sería que regresara a Buenos Aires para atender su parto, si es que su presentimiento resultaba correcto.

Por esos días Belgrano recibió una alegría adicional: un chasqui, acompañado de dos jinetes de custodia, traía un parte de Ascencio Padilla junto con una bandera envuelta

en trapos; así enrollada y atada la bandera no se sabía a quién identificaba, pero el parte, leído de inmediato por Manuel ante los oficiales de su Estado Mayor que lo acompañaban, lo aclaraba; relataba una batalla ganada por “Los Leales” en el cerro de la Plata, a sesenta kilómetros de Chuquisaca, en la que Juana Azurduy, arremetiendo con su corcel al abanderado enemigo, le había arrancado de sus manos la bandera española, la que era enviada como trofeo de guerra a Belgrano y al Ejército Auxiliar. Belgrano terminó de leer el parte y un aplauso espontáneo surgió entre los presentes.

—Esta mujer es una heroína —dijo Manuel emocionado—. Mando que esta bandera se exhiba ante toda la tropa y se explique su origen.

Sin que lo esperaran llegaron de Buenos Aires, como una gota de agua al sediento, unos miserables pesos a cuenta de paga: dos pesos a la tropa, veinte y veinticuatro reales a los cabos y sargentos y cuatro pesos a los oficiales. Eso vino a descomprimir algo el malestar producido por el hecho de que hacía meses que no veían un peso. Apenas tuvieron algo de tiempo para gastarlos en las cantinas de Tucumán.

Con la moral alta y bien pertrechado el Ejército del Norte emprendió la marcha hacia Salta, de donde tenía información de que se había fortificado Pío Tristán desde el 12 de enero. Belgrano seguía con la obsesión de dotar a los combatientes por la Patria de una bandera que los identificara. En Jujuy había hecho honrar por las tropas la misma que ondeara en las barrancas del Paraná, pero sin el permiso oficial, más bien con su rechazo. Había insistido con ese

tema ante la Asamblea que se había constituido en Buenos Aires, pensando que habría mejores condiciones que antes para que contemplaran el pedido que el Triunvirato y Rivadavia le negaran. Sí había conseguido que el Primer Triunvirato declarara la escarapela como símbolo nacional: “que debemos usar”, les escribió cuando lo propuso, “para que no se equivoque con la de nuestros enemigos”, pero la bandera era otra cosa. Grande fue su regocijo cuando, pocos días antes de marchar, le llegó la autorización a tener bandera, solo que la Asamblea disponía que fuese la enseña del Ejército del Norte, no de todo el país. Esto último no importó a Manuel, quien hizo confeccionar la bandera celeste y blanca como la que izara en las barrancas en Rosario.

—¡Por fin tendremos bandera, Tobías! —le dijo a su joven asistente—. Llámalo a Díaz Vélez que vamos a organizar la jura de la misma y la obediencia a la Asamblea Nacional.

Habían llegado al río Pasaje y allí Belgrano ordenó acampar sobre la arena de la costa, depositada por la arramblada del río en épocas pasadas. Con Díaz Vélez organizaron la ceremonia de la jura, haciendo formar en cuadros a toda la tropa. Los de caballería llevaban sus lanzas con pendones del color de la bandera, apoyadas en los estribos abajo y sostenidas en los arzones a la altura de las manos.

Fue un momento emocionante para Belgrano, para sus oficiales y luego también para todo el Ejército. Así lo reflejó Manuel en nota dirigida a la Asamblea después del acto:

“Cumpliendo con lo que Vuestra Excelencia me ordenó con fecha 1° del corriente, procedí este día a prestar el

reconocimiento y competente juramento de obediencia a la soberana representación de la Asamblea Nacional bajo la solemnidad respetuosa de las armas a mi mando, y según la fórmula que V.E. me prescribiera. El acto creo haber sido uno de los más solemnes que se han celebrado en toda la época de nuestra feliz revolución. La bandera del Ejército fue conducida por el Mayor General Don Eustoquio Díaz Vélez, a quien acompañábamos el Coronel Don Martín Rodríguez y yo escoltados de una compañía de granaderos que marchaba al son de música. Formando el Ejército en cuadro, se situó en medio dicho Mayor General con la bandera, proclamé al ejército, anunciándole la nueva que motivaba aquel acto, e hice leer en voz alta el oficio circular de V.E. e impreso adjunto. Inmediatamente presté, por mi parte, el juramento en presencia de las tropas, y bajo la fórmula prescripta, ante el Mayor General, quien lo ejecutó del mismo modo ante mí. Continuaron después los coroneles y comandantes del ejército y, concluido el juramento de estos, interrogué bajo la misma fórmula a todos los individuos que formaban el cuadro, quiénes con sus expresiones y la alegría de sus semblantes, manifestaban la sinceridad de sus promesas y el júbilo que había causado en todos, el logro de sus justos deseos.

Colocando después, el Mayor General, su espada en cruz con el asta de la bandera, todas las tropas desfilando, la fueron besando de uno en uno, y finalizado este acto, volvió el mismo Mayor General con la bandera hasta el lugar de mi alojamiento a la cabeza de todos los cuerpos,

que le seguían al son de música. Yo no puedo manifestar a V.E. cuánto ha sido el regocijo de las tropas y demás individuos que siguen a este ejército: una recíproca felicitación de todos por considerarse ya revestidos con el carácter de hombres libres, y las más ardientes y reiteradas protestas de morir antes de volver a ser esclavos, han sido las expresiones comunes con que han celebrado tan feliz nueva y que deben afianzar las esperanzas de cimentar, muy en breve, el gran edificio de nuestra libertad civil.”

Era el 13 de febrero de 1813.

## **La batalla de Salta**

Una semana después el Ejército Auxiliar del Norte estaba en las cercanías de Salta, en busca de poder enfrentar al enemigo. El capitán Apolinario Saravia, oriundo de esa ciudad, desplazó al Ejército, con la anuencia de Belgrano, por senderos serranos que evitaban pasar por la zona del Portezuelo, único acceso por el sudeste, ya que allí había apostado sus tropas Pío Tristán a la espera de los argentinos. Por un carrascal escabroso y quebrado, dificultado por la lluvia, los argentinos entraron por el norte apareciéndole al enemigo por la espalda.

Belgrano dispuso cinco columnas de infantería en línea, dejando una retrasada al mando del coronel Gregorio Perdriel, junto con doce piezas de artillería. En el batallón 6° de infantería puso al frente a su edecán, el teniente coronel Francisco Pico. A cada flanco iba la caballería coman-

dada por José Bernaldez Polledo. Una numerosa reserva aguardaba intervenir al mando de Manuel Dorrego. Al frente de su Estado Mayor destacó al coronel Álvarez de Arenales, héroe de Chuquisaca, recientemente escapado de la prisión española. Los realistas esperaban con su infantería, caballería y diez piezas de artillería, sumando una columna de fusileros sobre la ladera del cerro San Bernardo.

Antes de que se desarrollara la acción Belgrano pasó revista a los cuerpos formados, y ante cada uno de ellos nombró a los valientes que habían muerto hasta allí. Terminó su arenga diciendo:

—¡No existen, pero viven en nuestra memoria como mártires de la libertad!

El general Belgrano informó primero a Bernaldez Polledo y luego a su Estado Mayor que él encabezaría la caballería; por esa razón había designado a Arenales en su reemplazo. Hubo un intento de Díaz Vélez de pedirle que se preservara pero la mirada dura y firme de Manuel le hizo desestimar la petición. Sus oficiales y unos cuantos soldados lo vieron en persona ensillar su cabalgadura, embridarla, comprobar el bocado, la cincha y las herraduras; cualquier paisano sabía que era fundamental que las herraduras estuviesen firmes, cabalgando sobre terreno rocoso como el que pisarían. Cuando un comandante se prepara para la batalla, poniéndose al frente de sus hombres, la autoridad y el respeto que emanan de su actitud crecen y gana la consideración de todos. El combatiente va convencido a la batalla cuando sabe que su comandante va en primera fila. Belgrano montó



su cabalgadura, echó un vistazo a su reloj de bolsillo, al que no se había olvidado de dar cuerda temprano, desenvainó su sable y dio la primera orden de batalla.

A la mañana temprano, bajo una intensa lluvia, comenzó la confrontación. Ambas fuerzas chocaron violentamente en un reñido combate que terminó siendo cuerpo a cuerpo con sable, bayoneta calada y machete, que produjo numerosas bajas por ambos lados. Lo dificultoso del terreno y la lluvia complicaban el avance patriota. Cerca del mediodía Belgrano ordenó a la reserva que atacase y a la artillería que cañoneara al enemigo que no estaba mezclado con sus propias fuerzas. Él mismo arremetió al frente de la caballería, sableando a diestra y siniestra. El humo y el olor a la pólvora hacían irrespirables las zonas donde se combatía. Los pequeños cañones de a cuatro libras de Belgrano, llegados con dificultad por el terreno escabroso, tiradas por caballos sus cureñas con los cañones limpios y engrasados, se activaron con los botafuegos humeantes usados sin pausa por los cabos de piezas. El cañoneo hacía estragos entre los infantes realistas. La metralla intensa zumbaba, rompía, quebraba, mataba y, sobre todo, producía un terror incontrolable. Las columnas de infantería lograron romper la defensa española y adentrarse en la ciudad. Pío Tristán combatía retrocediendo hasta que se concentró en la Plaza Mayor. Dispuso sus fusileros en el campanario de la cúpula de la catedral y armó su defensa allí abajo. El coronel Manuel Dorrego con su batallón fue el primero en entrar a la Plaza. Detrás venía la caballería con Belgrano al frente. La situación se hizo insostenible para los

realistas, por lo que finalmente Tristán mandó tocar las campanas de la iglesia de La Merced, en señal de rendición. La victoria patriota fue total. En la torre de la catedral flameó el poncho celeste que usaba el coronel Superí, como símbolo de ese triunfo, anoticiando a todo el ejército.

La rendición formal fue solemne y caballeresca, tal como se acostumbraba en la época: el enemigo entregando sus armas ante las tropas vencedoras, y el jefe español ofreciendo su sable, signo de su mando, al general triunfante. Entonces ocurrió un hecho singular que causó sorpresa a los argentinos y también a los españoles que formaban como prisioneros: no solo Manuel desestimó tomar el sable de Pío Tristán, sino que le ofreció un fraternal saludo. Ambos jefes se estrecharon en un fuerte abrazo. Lo que casi nadie sabía allí era que ambos jefes eran amigos, habían sido discípulos en Salamanca y convivido en Madrid. Pío Tristán era americano, nacido en Lima, y como Manuel, había ido a estudiar a la Península.

—Se despedaza mi corazón —le dijo Belgrano— al ver tanta sangre americana derramada y por haber tenido que combatir a un entrañable amigo.

—Lamentablemente —contestó Tristán— la guerra nos ha puesto en veredas diferentes, general. Pero yo sigo guardando el mejor de mis afectos hacia el amigo que conocí y traté en España.

—Igual sentimiento me embarga, Juan. Espero que no pase mucho tiempo antes de que la paz se imponga en estas generosas tierras y convivamos aquí en armonía y respeto.

Belgrano rechazó la rendición incondicional de Tristán y la entrega de su sable, garantizando para él, sus oficiales y su tropa integridad y libertad bajo el juramento de no volver a empuñar las armas contra los patriotas. Este gesto ganó para su causa a no pocos combatientes enemigos. Se liberaron a los prisioneros que se tenían con anterioridad, comprometiéndose Tristán a que Juan Manuel Goyeneche, su jefe superior, hiciera lo mismo con los prisioneros argentinos en su poder.

–Nunca olvidaré su gesto, Manuel –fueron las palabras de despedida de Pío Tristán.

–Y yo recordaré siempre al amigo contra quien tuve el honor de combatir tres veces.

Tristán quedó sorprendido por lo de “tres veces”. Belgrano lo notó y lanzó una fuerte carcajada, ante la sorpresa de las formaciones que no escuchaban lo que los jefes militares conversaban.

–Usted se olvida, querido amigo, de nuestro enfrentamiento por el amor de Paquita en Madrid.

Ahora el que se rio fue Pío Tristán.

Lamentablemente, el gesto de Belgrano de otorgar la libertad a los vencidos bajo el juramento de no volver a tomar las armas contra la revolución no fue cumplido por la mayoría. Los soldados realistas juramentados en Salta, al llegar a Oruro fueron relevados de su juramento por el Obispo local, quien argumentó que no era válido por haber sido hecho a la fuerza ante herejes. La mayoría se reincorporó al ejército. Pío Tristán cumplió con su juramento, se retiró y se asentó en su natal Arequipa.

Belgrano se dio tiempo para recorrer el hospital de campaña para interiorizarse del estado de los heridos. Durante el curso de la batalla había recibido la información de que su segundo, Díaz Vélez, había sido herido por un disparo en una pierna. Se cercioró en aquel momento de que la herida no era de gravedad, pero que tenían que atenderlo de urgencia por la sangre que había perdido. Entró a la tienda que servía de hospital y buscó a su subalterno. Este estaba tendido en un catre, con su pierna vendada pero de buen ánimo.

Se saludaron dándose ambas manos.

—Mi general —dijo Eustoquio—. Hoy es un día de gloria; hemos vencido.

—Así es —respondió Manuel—, gracias al coraje de guerreros como usted. Me siento orgulloso de que sea mi segundo. Me informaron que siguió combatiendo aun estando herido y desangrándose.

Díaz Vélez se sonrió: —No lo tome como un acto de valentía; es que en el fragor de la lucha casi ni me di cuenta de que me habían pegado un tiro; apenas sentía una molestia en la pierna. Recién me enteré cuando producto de la sangre perdida comencé a marearme.

—No sea modesto, Mayor General. Repóngase pronto para poder seguir sirviendo a la Patria.

—Gracias, Manuel. Déjeme decirle que algunos oficiales me dijeron que ellos y la tropa se sienten orgullosos de que usted haya estado en primera fila en el combate.

Belgrano se sonrió y palmeó a su segundo y amigo. Luego siguió recorriendo el lugar, en el que muchos com-

batientes heridos estaban tendidos en el suelo por falta de catres. Las muestras de cariño hacia el comandante del Ejército del Norte fueron unánimes: “¡Buenos días, General!”, “Bienvenido General”, “¡Qué paliza que les dimos, General!”, “¡Viva la Patria General, aunque yo muera!”

Belgrano se fue interiorizando de los pormenores de la batalla, muertos, heridos, oficiales y soldados que se destacaron. Entre estos últimos le informaron que Gregorio Aráoz de Lamadrid fue el más destacado oficial en la lucha cuerpo a cuerpo contra los chapetones. No fue el único, ya que también los coroneles Pico, Superí y Dorrego sobresalieron en la batalla.

En la noche, tarde, Belgrano, después de ordenar las últimas instrucciones para la vigilancia y el descanso del Ejército, agotado por la jornada vivida, luego de un reparador baño en una tinaja grande para él dispuesta, de comer algo liviano y de ponerse ropa limpia de paisano, se dio tiempo para dictarle a su amanuense el parte al gobierno en Buenos Aires:

“El Todopoderoso ha coronado con una completa victoria nuestros trabajos: arrollado con las bayonetas y los sables al ejército al mando de don Pío Tristán, este se ha rendido del modo que aparece en la adjunta capitulación: no puedo dar a V.E. una noticia exacta de los muertos y heridos ni tampoco de los nuestros, lo cual haré más despacio, diciendo únicamente por lo pronto que mi segundo, el mayor general Díaz Vélez, ha sido atravesado en un muslo de bala de fusil cuando ejercía sus funciones con el mayor desnudo conduciendo el ala derecha del ejército a la victo-

ria en su desempeño; el del coronel Rodríguez, jefe del ala izquierda, y el de todos los demás comandantes de división, así de infantería como de caballería, e igualmente el de los oficiales de artillería y demás cuerpos del ejército, ha sido el más digno y propio de americanos libres que han jurado sostener la soberanía de las Provincias Unidas del Río de la Plata, debiendo repetir a V.E. lo que le dije en mi parte de 24 de septiembre pasado, que desde el último soldado hasta el jefe de mayor graduación e igualmente el paisanaje se han hecho acreedores a la atención de sus conciudadanos, y a las distinciones con que no dudo que V.E. sabrá premiarles.

Dios guarde a V.E. muchos años, 20 de febrero de 1813”.

En el Parte de Guerra adicional a la Asamblea, Belgrano informa:

“Como consecuencia del triunfo patriota en la batalla de Salta, todo el ejército realista fue muerto o puesto en cautividad, los 3.398 combatientes. Los españoles tuvieron 481 muertos, 114 heridos (capturados) y 203 prisioneros sanos, incluidos 17 oficiales; otros 2 generales, 7 jefes, 117 oficiales y 2.023 hombres que se rindieron al día siguiente, entregando 2.188 fusiles, 1.096 bayonetas, 156 espadas, 17 carabinas, 10 cañones y 6 pistolas, también todo el parque de guerra y tres banderas reales. Durante la batalla fueron capturados 5 cañones y 500 fusiles. El ejército de las Provincias Unidas tuvo 101 soldados y 2 oficiales muertos más 419 soldados y 14 oficiales heridos.”

Instruyó al teniente Cabrera para que despachara la misiva a Buenos Aires, y ya relajado, se permitió servirse una copa

del cognac que Chiclana, el repuesto gobernador intendente de Salta le dejara en su habitación. Se arrimó a la ventana que daba a la Plaza Mayor. Salvo la vigilancia que dispusiera, no se veía movimiento alguno. Varias carretas en las que el Ejército había acopiado fusiles y demás armas tomadas a los realistas se encontraban allí fuertemente custodiadas. La noche seguía inclemente, con una fina llovizna que hacía brillar las columnas del alumbrado a aceite. Algún animal nocturno cortaba con sus gritos el abrumador silencio.

Pensó en lo acontecido y en sus consecuencias. No se le escapaba que haber triunfado en Salta aventaba el peligro de una invasión realista primero a Córdoba y luego a Buenos Aires. La revolución en el sur estaba a salvo y el norte del ex virreinato se había recuperado. Sentía que había cumplido con su responsabilidad. Con esa sensación se durmió profundamente.

Cuando Eustoquio Díaz Vélez estuvo repuesto de su herida, Manuel lo nombró Gobernador Militar de Salta, para acompañar a Chiclana. Díaz Vélez mandó colocar la bandera argentina en el balcón, lo que se hizo por primera vez, y envió los trofeos de guerra tomados a los españoles a la sala capitular.

## **Al Potosí**

El triunfo de Salta cambió la situación militar, política y social de todo el Alto Perú. Belgrano pudo cumplir con su promesa de devolverles la ciudad de Jujuy a sus habitantes.

Belgrano comenzó a soñar con Potosí.

El general argentino envió a su vanguardia al mando de Díaz Vélez, quien entró a la ciudad el 7 de mayo y preparó las condiciones para que Belgrano arribara doce días después.

El General no sabía cómo lo iban a recibir en esa tierra realenga, ni los criollos y naturales ni los gachupines, seguramente todos o casi todos realistas. Con los primeros no hubo dudas; salvo excepciones no contrarias a la adhesión sino proclives al ostracismo y la indiferencia, se fue cumpliendo con el objetivo de enrolar combatientes a la causa. Sobre el otro bando, los oficiales patriotas que se alojaron en casas peninsulares como la del vizcaíno Irueta, o las de los Cires o Arroyo, comentaban en los ámbitos señoriales, convertidos en improvisados vivaques ciudadanos del estado mayor de Belgrano, que no solamente los agasajaban con los más altos conceptos del protocolo social de la aristocracia europea, sino que los referentes jefes de familia expresaban sus respetos y admiraciones hacia el general. También había casas de patriotas, como la de Urquijo en donde se recibían las mayores expresiones de admiración y apoyo al jefe de la causa revolucionaria que había llegado a la ciudad.

Algún oficial desconfiado alertaba: –Estemos alerta con estos chapetones que nos atienden tan bien. Estarán viendo cómo y dónde darnos el zarpazo.

El general Belgrano se reía ante este tipo de comentarios y respondía a sus oficiales:

–Asumamos que los españoles también están divididos. Una cosa son los realistas y otra los liberales constitucionales; entre estos últimos tengo unos cuantos amigos



que espero puedan llegar a ser aliados nuestros o se pasen directamente a nuestras filas.

Precisamente en la casa señorial de Urquijo alojaron al general argentino. Lo agasajaron con una succulenta y exquisita carbonada y de postre arroz con leche con pastillitos de zapallo. Buenos vinos españoles y franceses contribuyeron a digerir la comida.

Belgrano había llegado allí con esfuerzo y sacrificios. Era una posta importante en su plan de llegar al Perú. La estrategia motivadora que lo hiciera transitar Las Piedras, Tucumán y Salta la mantenía con mayor énfasis en Potosí, un paso más adelante en sus objetivos. En rigor, tenía sus ojos puestos sobre Lima y aspiraba a extender la revolución por toda la América del Sur. Una gran convicción al respecto se fortalecía con los últimos hechos. Y esa misma convicción lo endurecía. Él iba a actuar con el enemigo como actuara Castelli cuando fusiló allí en Potosí a Sanz, Nieto y Córdoba, esos militares godos represores. Esta era una guerra cruel y a muerte.

Pero todo era más difícil: tanto el mantener eficiente la logística de su ejército, como sostener su propia disposición física y anímica para sustentar el mando que su responsabilidad le exigía. Ayudó mucho a su estado general de salud y de ánimo el recibir una carta de María Josefa Ezcurra, ya instalada en Buenos Aires, en la que le confirmaba que estaba embarazada y que estaba muy bien y feliz. Hacía votos para que la campaña en el norte terminara lo más pronto posible, para que él pudiera regresar a Buenos Aires para estar con ella y su futuro hijo.

“¿Cuándo terminará esta campaña, Dios mío?” se preguntó. “¿Cómo terminará? ¿Con qué resultado final? ¿En qué condición volvería yo a Buenos Aires? ¿Volveré a Buenos Aires algún día?” Otras porfiadas preguntas sin respuestas.

En Potosí Manuel se mostró multifacético, y veló por la administración pública, disciplinó su ejército y dio preponderancia a los indígenas como auxiliares activos del mismo.

Potosí era un derrame de riquezas. Superaba en arquitectura, obras y exhibiciones ornamentales en balcones, iglesias y teatros, a muchas ciudades europeas. Sus puentes, diques, lagos artificiales, sus sesenta iglesias eran muestra de la riqueza conseguida a través de las más de cuatro mil bocas de minas en el cerro maldito. La plata allí extraída alimentaba a los banqueros alemanes salvando las magras comisiones que quedaban en Madrid. Por todo eso también era lugar de concentración de la aristocracia del Alto Perú.

Pero como contrapartida, era la tumba de miles de indígenas que pagaban con su muerte el sistema de enrolamiento que, a través de la mita, los españoles ejercían por la fuerza en sus comunidades. Había que rescatar a esos indígenas. Para ello dispuso que se asignaran traductores para que explicasen a esos sufridos seres humanos qué traía la revolución. Además de rescatar a esos esclavos, que en el estado en que estaban no servían como combatientes, había que rescatar el valor económico de lo producido en el cerro para las arcas de la revolución.

Belgrano tenía que proponer a sus oficiales del Estado Mayor un plan militar para enfrentar a las fuerzas realistas

de José de La Serna. Lo angustiaba la dificultad que surgía de los planos y los informes que le acercaban sus colaboradores: un terreno endiablado, complicado para pensar en desplazamientos de sus fuerzas en condiciones normales. Cada montaña que aparecía en el mapa era una trampa mortal para su ejército, si no consideraba alternativas a los desplazamientos propios y los del enemigo. Su plan contemplaba atacar de frente a de La Serna, saliendo él directamente de Potosí, contando con que por la espalda de los españoles los atacaran el coronel Cárdenas, desde Chayanta, con sus dos mil indios, y el coronel Zelaya, desde Cochabamba, con sus mil doscientos criollos, insurreccionando a todas las indias en sus recorridas. De triunfar, sería la pérdida total del Alto Perú para los realistas, y su confinamiento en Lima, cercados por las fuerzas argentinas y, soñaba, también por los revolucionarios de Quito y Nueva Granada. Pero para que este plan triunfase, debería, además de superar el soroche en la altura, sortear sin desmadrarse los infinitos escollos de esa topografía inhóspita y llegar frente a las fuerzas enemigas en las mejores condiciones físicas para el combate. Además esos parajes eran familiares para los realistas, allí habían instalado sus cuarteles y sus combatientes indígenas eran naturales de esa región, todo lo cual era una gran desventaja.

En ese año de 1813 el contexto revolucionario en Sudamérica era complicado: habían fracasado las revoluciones de Quito, Perú y Caracas. Chile y la Banda Oriental estaban en manos realistas. El imperio brasileño se mantenía agazapado frente al Río de la Plata.

En el ex virreinato el triunfo de Salta cambió la situación militar, política y social de todo el Alto Perú. Los españoles asentados en Jujuy, al mando del general Tacón, se retiraron hacia Tupiza. Goyeneche había dejado Potosí el 1 de marzo de 1813 librado a su suerte y partido rumbo a Oruro. Le planteó un armisticio a Belgrano, quien se lo concedió por cuarenta días, sin desmedro de que el Ejército Auxiliar del Norte siguiera avanzando. Los realistas asentados en Chuquisaca abandonaron sus defensas para unirse a Goyeneche. Comenzaba a cundir entre los godos el miedo a las fuerzas revolucionarias. El virrey, desde Lima, aceptó la renuncia de Goyeneche y nombró en su lugar al general Joaquín de la Pezuela.

El Cabildo de Potosí, aprovechando la partida de Goyeneche, y a la espera de las fuerzas patriotas, nombró gobernador interino a Buenaventura Salinas, quien se puso inmediatamente a las órdenes del Ejército Auxiliar del Norte. El Cabildo de Chuquisaca felicitó a Belgrano por la victoria de Salta poniendo la ciudad a sus órdenes y preparando un contingente de cuatrocientos hombres, al mando del teniente coronel Juan Antonio de Asebey, para que se incorporase al Ejército en operaciones. En Santa Cruz de las Sierras el coronel patriota Antonio Suárez recuperó la ciudad y asumió la intendencia. El 11 de marzo los realistas se retiraron de Cochabamba y el gobernador intendente Francisco José de Recabarren envió una carta a Belgrano para ponerse a sus órdenes.

Se sumaban voluntades lo que incrementaba las fuerzas de la revolución en el Alto Perú. Belgrano contaba con nuevos combatientes, entre soldados de línea y los expertos jinetes de Güemes reclutados en Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca.

Al llegar el grueso del Ejército, lo primero que hubo que resolver fue el acantonamiento del mismo, lo que se llevó a cabo en parte en barracones donde dormían amontonados los pobres indios reclutados en la mita, y en parte en playones enormes que se usaban para descargar materiales en la labor en las minas.

Manuel, acompañado de Dorrego y Díaz Vélez, inspeccionaba el nuevo contingente formado en la ocasión con las incorporaciones enviadas por el gobernador interino. Iban departiendo distendidamente.

—Aquí en este cerro está la reserva de la riqueza de España —comenta Dorrego, refiriéndose al cerro de Potosí que avistaban desde donde estaban.

—No solamente aquí, coronel —corrigió Belgrano—. Además de la enorme cantidad de plata que España extrae en este cerro, están las minas de plata y oro de Atacama, Carangos, Luján, y tantas más. Tengo al respecto un informe detallado que me enviara el gobierno.

—Por toda esa riqueza es que los godos no quieren perder el Alto Perú —agregó Díaz Vélez.

—Para Lima el Alto Perú es estratégico —dijo Manuel—. Si se lo quitamos, el poder virreinal se derrumbará como un castillo de naipes.

Mientras dialogaban iban observando la formación de los nuevos combatientes. De esos hombres sin uniformes, sin armamento, sin disciplina, debían hacer nuevos soldados para la Patria. Menuda tarea en medio de la guerra, pero ya habían aprendido el oficio; así era aquello, plagado de dificultades y con tiempos perentorios.

—Ahora —continuó Belgrano—, aprovechando nuestra superioridad y la dispersión del enemigo, deberemos construir la administración revolucionaria. Tenemos que nombrar gobernadores en Potosí, en Cochabamba, en Santa Cruz de las Sierras, y Presidente de la Audiencia de Charcas.

—¿Y a quiénes echará mano para cubrir semejantes responsabilidades, general? —preguntó Dorrego.

Manuel observó sonriente a su subalterno, como si hubiese preguntado una ingenuidad: —En principio no nos queda otra que apelar a nuestros oficiales, coronel.

—Pero eso es como desvestir a un santo para vestir a otro —dice Díaz Vélez.

—Así es. Lo bueno es tener siempre santos desnudos que poder vestir.

Se rieron de la ocurrente respuesta de Manuel.

Belgrano confiaba en los indígenas y sabía del desafío enorme que era ganarlos para la causa de la revolución. En Potosí había recibido al cacique chaqueño Cambay, quien combatiera contra los godos en Santa Cruz de la Sierra. Lo recibió con todos los honores, como a un hermano de lucha que era. Cambay le ofreció dos mil guerreros, lo que Belgrano aceptó con gusto. Ese encuentro y alianza repercutió

en toda la sierra, lo cual incrementó más aun la fama del general. El drama era que la mitad de los capitanejos con sus montoneras revistaban en los ejércitos realistas y, por ahora, los Cambay eran apenas un puñado.

## **Vilcapugio y Ayohuma**

Belgrano recibió unos cuadernillos redactados por el General San Martín, en los que le aconsejaba diversas tácticas de guerra moderna en las distintas armas. Habían hecho una práctica la costumbre de escribirse, a partir de declararse mutuamente admirador uno del otro. Le contestó inmediatamente:

“¡Ay! Amigo mío, ¿qué concepto se ha formado usted de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido, me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido esta mi carrera, y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme, y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación”. Refiriéndose a los consejos de San Martín agregaba: “Creo a Guibert el maestro único de la táctica, y sin embargo, convengo con usted en cuanto a la caballería, respecto a la espada y lanza”. Y terminaba diciendo: “Me privo del 2° cuaderno, de que usted me habla: la abeja que pica en buenas flores proporciona una rica miel; ojalá que nuestros paisanos se dedicasen a otro tanto y nos diesen un producto tan excelente como el que me prometo del trabajo de usted, pues el principio que vi en el correo anterior, relativo a la caballería, me llenó.”

El ejército realista iba concentrando sus fuerzas dispersas en Oruro, incluyendo a los rendidos y liberados bajo juramento en Salta. ¡Qué hombre de honor justificaría que los mismos juramentados en no levantar las armas rendidas fueran los oponentes en los próximos combates!

Los españoles decidieron mover las fuerzas hacia Potosí, al encuentro del Ejército Auxiliar del Norte. A principios de septiembre, Belgrano no esperó y salió al encuentro de los godos. Llevaba deficiente artillería, reclutas nuevos y escasas mulas para el transporte. Afortunadamente contaba con el aporte decisivo de Padilla y Azurduy quienes se encargaron del transporte de las cureñas de los cañones y pertrechos por los desfiladeros de las montañas. A los problemas logísticos se sumaba el estrago que la fiebre terciana producía en sus hombres. Manuel había destacado al coronel Baltasar Cárdenas al mando de dos mil indios mal armados y al coronel Cornelio Zelaya con las fuerzas de Cochabamba, con la orden de sublevar las poblaciones indígenas situadas a espaldas de los españoles. Pero los realistas los aventajaron, los cercaron e hicieron fracasar tal misión, sin que Belgrano se enterara.

Se encontraron los ejércitos en la pampa de Vilcapugio, situada entre altas montañas, el 27 de septiembre. Pezuela, al mando de los realistas, contaba con cinco mil hombres y dieciocho piezas de artillería. Anticipándose a la llegada de refuerzos que esperaba Belgrano, producto de la misión de los coroneles Cárdenas y Zelaya, y que nunca llegarían, Pezuela lo atacó por sorpresa. Eran las seis de la mañana



del 1° de octubre de 1813. Ambos ejércitos se trenzaron en combate. Las secciones veteranas patriotas hicieron retroceder las columnas realistas, avanzando con bayoneta calada, pero el ala derecha española desbordó y derrotó al ala izquierda argentina en un sangriento cuerpo a cuerpo. El combate era feroz, cada uno, en cada bando, luchaba contra un soldado enemigo, poniendo su atención en él, sin saber si el que tenía al lado o detrás era otro enemigo o un compañero. Tan cerca estaban uno del otro que se olían la grasa de los cueros y metales de sus uniformes y pertrechos.

La tragedia fue que la batalla ya estaba decidida en favor de los argentinos cuando una inexplicable clarinada patriota llamó a reunión, lo que desbarató la persecución del ejército realista que estaba en retirada. Se supo luego que el responsable del toque a reunión y de la derrota fue el sargento mayor Ramón Echeverría. El mal ya estaba hecho. Esto lo aprovechó muy bien Pezuela, que era mejor que Tristán y Goyeneche juntos. Envío en arremetida a un escuadrón de caballería al mando del coronel Saturnino Castro. Los argentinos, confundidos, terminaron desbandándose. El ejército realista se reorganizó, y continuó cañoneando la posición de las pocas tropas que quedaban en el campo de batalla.

Ante la inminente debacle Belgrano ordenó agruparse a las fuerzas que aún combatían. Logró reunir, en una audaz maniobra, subiéndose a un morro con la bandera en su mano como referencia, a unos trescientos soldados, al mando de Eustoquio Díaz Vélez, Gregorio Perdriel y Lorenzo

Lugones. El resto se desbandaba por doquier, en medio del intenso cañoneo del enemigo. El combate duró todo el día.

El sol se había inclinado demasiado al ocaso y el ejército de la patria en aquella desgraciada hora, reducido a miserables restos, se apiñó en torno de su general.

Aún estupefacto, Belgrano se mantenía mudo, sin comprender cómo pudo habersele escabullido la victoria de esa manera. Pero pronto reaccionó y dijo a sus hombres: —Soldados: ¿conque al fin hemos perdido después de haber peleado tanto? La victoria nos ha engañado para pasar a otras manos, pero en las nuestras aún flamea la bandera de la patria.

Recién cuando las sombras comenzaron a oscurecer las puntudas montañas, echando sombras sobre los cadáveres tendidos en la meseta donde se combatiera, los patriotas pudieron emprender la retirada más o menos organizadamente. Belgrano iba transitando su viacrucis, afiebrado y casi sin fuerzas para continuar esa retirada, ni siquiera cabalgando al paso. Cuando estuvieron suficientemente alejados del enemigo se detuvieron en una hondonada que parecía refugio seguro para descansar. Allí, atento a su jefe, el guaraní Luriel le llevó la bota con la quina-quina mezclada con vino, ya que veía que estaba agotado y afiebrado. Belgrano aprovechó para escribir su parte de guerra. Le lastimaba el corazón tener que informar a Buenos Aires de esa derrota, después de que el entusiasmo por sus triunfos anteriores exaltara el ánimo de los patriotas en el Río de la Plata. Tuvo que reconocer que sufrieron mil quinientas bajas aproximadamente según las apreciaciones de sus oficiales, más de cuatrocientos

fusiles perdidos y todo el parque de artillería, que no pudieron llevar en su retirada. Era un día de luto para la Patria.

Manuel envió a Díaz Vélez y al coronel Araoz a ubicar y reorganizar las tropas dispersas. En esa misión fueron escoltados por la caballería de Padilla y Azurduy. Belgrano se retiró hacia Macha. Él, sus oficiales y soldados iban contristados con los ánimos a nivel de las herraduras de sus caballos.

Al día siguiente se le unió Zelaya con los cochabambinos y en Macha, Ortiz de Ocampo. Recompuso su ejército con alrededor de tres mil hombres.

Desde Macha destacó Belgrano a Lamadrid para que hiciera circular en las provincias la orden de alistar armas, hombres y recursos con qué recomponer el ejército deshecho. Lamadrid dio cumplimiento a su misión marchando de día y de noche, sin descanso, atacando las partidas reales que fue encontrando a su paso, haciendo incluso prisioneros.

En pos de su destino partió Belgrano hacia Ayohuma. Su fiebre interna producto de su paludismo, y su fiebre externa debido a su impotencia por haber sido derrotado, poniendo en peligro la revolución, lo consumían en medio de una batalla feroz contra su razón. Además, a los buenos planes que pudiera concebir, se oponía la topografía despiadada del Alto Perú, donde cada montaña ocultaba decenas de trampas mortales, y así de seguido en esas marchas agotadoras.

A los realistas estos parajes les eran familiares; en ellos habían asentado sus cuarteles generales; sus soldados indígenas estaban en su hábitat y los mejores baquianos los

asistían. Por el contrario, el Ejército Auxiliar del Norte no estaba acostumbrado a desplazarse superando tantos accidentes, y Belgrano, si bien lo intentó, no alcanzó a cumplir su aspiración de formar el grueso de su ejército con naturales de esas comarcas. Los que se había incorporado el día anterior a Vilcapugio, más de dos mil, no alcanzaron a entrar en batalla dada la dinámica del combate y la falta de armas y entrenamiento.

A Ayohuma llegó el nueve de noviembre, tanto él como su gente con la moral muy baja. A pesar de contar con 8 piezas de artillería y 3.400 hombres, solo estaban aptos para combatir unos 2.000. El general español Joaquín de la Pezuela apareció unos días después con 3.500 hombres y 18 piezas de artillería. El enfrentamiento fue desigual y sangriento. Allí combatió con bravura Juana Azurduy al frente de sus “Leales”, ubicada en el flanco derecho de la caballería. Y también combatieron la capitana María Remedios del Valle y otras mujeres auxiliares, primero como enfermeras y aguateras, y finalmente con los fusiles en las manos, arrancados a los muertos. En Ayohuma fue echa prisionera la capitana del Valle, conocida por los soldados con el apodo de “Madre de la Patria”. El ejército patriota sufrió 400 bajas y 800 heridos; entre los muertos figuró el coronel José Superí, alcanzado por una bala de cañón, y entre los heridos el capitán Carlos Forest.

En Ayohuma se perdió todo el parque de artillería. La derrota fue contundente. Belgrano se retiró con el resto de su tropa hacia Jujuy.

La derrota sufrida y la angustia que embargaba a Belgrano por la muerte de valerosos soldados no le impidieron reconocer la valentía y entrega de los que se habían destacado, entre ellos Juana Azurduy, a quien le obsequió, como reconocimiento, su sable personal, el que venía empuñando en todas sus batallas.

El Alto Perú volvió a quedar en manos realistas. Sin embargo, le costó seis meses a Pezuela entrar a Jujuy, lo que logró el 27 de mayo de 1814.

## **Cartas y reflexiones de Belgrano**

Después de salir de su pésimo estado de ánimo, de vencerse en parte, producto de la insistencia de sus oficiales y amigos, de que él fue un digno jefe conduciendo a valientes que todo dieron de sí, de que estaban combatiendo contra uno de los más experimentados ejércitos europeos, después de todo eso, Belgrano le escribió a San Martín:

“He sido completamente batido en las pampas de Ayohuma, cuando más creía conseguir la victoria; pero hay constancia y fortaleza para sobrellevar los contrastes, y nada me arredrará para servir, aunque sea en clase de soldado por la libertad e independencia de la patria. Somos todos militares nuevos con los resabios de la fatuidad española, y todo se encuentra menos la aplicación y constancia para saberse desempeñar. Puede que estos golpes nos hagan abrir los ojos, y viendo los peligros más de cerca tratemos de hacer otros esfuerzos que son dados a hombres que pueden y deben llamarse tales”.

Después de Ayohuma el gobierno decidió separar de su cargo a Manuel Belgrano. Lo hacía responsable de las dos derrotas sufridas. Ante esta situación San Martín trató de convencer de que no fuese separado de la fuerza ya que, según su opinión, se trataba del general más capaz entre los que había para dirigir la fuerza emplazada en el lejano norte. Así se lo hizo saber por escrito al gobierno: “Belgrano es el más metódico de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural; no tendrá los conocimientos de un Napoleón Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur”. Pero su pedido no tuvo eco y San Martín fue designado al frente del Ejército del Norte. Belgrano se encontraba en Jujuy y, si bien no conocía a su nuevo superior, tenía información sobre su grandeza, patriotismo y el deseo de libertad e independencia que poseía y ya se consideraba su amigo, sentimiento que sabía mutuo a través de las cartas intercambiadas. El 17 de diciembre de 1813, enterado del nombramiento, le escribió la siguiente misiva:

“No sé decir a usted cuánto me alegro de la disposición del Gobierno para que venga de jefe del auxilio con que se trata de rehacer este ejército; ¡ojalá que haga otra cosa más que le pido, para que mi gusto sea mayor, si puede serlo!: Vuele, si es posible; la patria necesita que se hagan esfuerzos singulares, y no dudo que usted los ejecute según mis deseos, y yo pueda respirar con alguna confianza, y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente. No tendré satisfacción mayor que el día que logre estrecharle entre mis brazos, y hacerle ver

lo que aprecio el mérito y la honradez de los buenos patriotas como usted de quien soy sinceramente su servidor.”

En otra carta le recordaba que lo había solicitado cuando estaba en Tucumán: “Lo pedí a usted desde Tucumán; no quisieron enviármelo; algún día sentirán esa negativa; en las revoluciones, y en las que no lo son, el miedo sólo sirve para perderlo todo”. Más adelante confesaba que él solo era un abogado devenido por las circunstancias en General: “... esto es hablar con claridad y confianza; no tengo ni he tenido quien me ayude, y he andado los países en que he hecho la guerra como un descubridor, pero no acompañado de hombres que tengan iguales sentimientos y pericia militar; se agrega a esto la falta de conocimientos militares”. Y agrega que al venir San Martín iba a ser “no solo amigo, sino maestro mío, mi compañero, y mi jefe.”

En ese tiempo de espera del nuevo jefe, Belgrano tuvo tiempo para reflexionar y volcar sus conclusiones ante su segundo, Díaz Vélez. Ambos jefes solían pasear caminando, dejando sus custodias relativamente alejadas para que no interrumpieran su privacidad.

—Para imponer la revolución y un gobierno patrio nacional que sea reconocido —decía Manuel— hay que ganar a la masa indígena. No alcanza con el heroísmo de los Padilla, porque hay muchos jefes indios que revisten en los ejércitos godos.

El sol se estaba poniendo tras las montañas y había amainado el calor. Iban caminando entre espinillos, alga-

rrobos y cardones, rodeados de incanchos, cuervillos de la quebrada, cardenales y jilgueros que volaban de árbol a árbol interpretándoles a los militares sus optimistas melodías. Al paso de los oficiales, debajo de unos yuyos, salieron espantadas unas perdices coloradas.

–Llevará tiempo lograr la confianza de los naturales de aquí –respondió Díaz Vélez– e incluso de muchos criollos ladinos.

–Yo pienso que la solución integral pasa por instituir una monarquía constitucional incaica que reine en toda Sudamérica. Algo así, con un soberano Inca al frente, lograría de inmediato la adhesión de toda la masa indígena.

Eustoquio lanzó una carcajada: –Usted delira, general. En Buenos Aires una propuesta de ese tipo no lograría captar apoyos.

–Habrá que aguardar las condiciones para instalar un congreso de representantes de toda Sudamérica o gran parte de ella. Tal vez cuando eso suceda una propuesta como esta podría tener aceptación; sobre todo si en un hipotético congreso como el que propongo tuviesen una gran representatividad los pueblos originarios. ¿Se imagina lograr una institucionalidad única para toda Sudamérica, aunque al principio fuese a partir de una monarquía constitucional?

–No descartemos una democracia parlamentaria.

–Es cierto, mayor general. Pero para eso lo primero es educar al pueblo. Ninguna forma democrática, republicana, triunfará sobre la existencia de la ignorancia y el analfa-



betismo general. Hay que poner escuelas de primeras letras costeadas de los propios y arbitrios de las Ciudades y Villas, en todas las Parroquias de sus respectivas jurisdicciones, y muy particularmente en todas estas vastas y olvidadas regiones.

Belgrano se calló un momento. Miraba hacia las faldas de los cerros que comenzaban a estar en penumbras, pero en realidad miraba sus trabajos escritos en el Consulado allá por 1798. Díaz Vélez lo escuchaba con atención.

—Uno de los principales medios que se deben aceptar a este fin son las escuelas gratuitas, donde pudieran los infelices mandar a sus hijos sin tener que pagar cosa alguna por su instrucción. Allí se les podría dictar buenas máximas e inspirarles amor al trabajo, pues en un pueblo donde no reine este, decae el comercio y toma su lugar la miseria.

—Uno tiene la tendencia —aportó Díaz Vélez— a priorizar el logro de la independencia, sin preocuparnos sobre qué propuestas sustentamos para luego autogobernarnos.

—Es que si no derrotamos y expulsamos a los chapetones de Sudamérica, nada podremos hacer. Debemos actuar simultáneamente: zona que liberamos, zona en la que armamos gobiernos, decretamos la educación bilingüe para las culturas originarias y un plan integral de entrega de tierras.

Ya era noche cerrada por lo que las custodias se acercaron a sus jefes y estos se quedaron sin privacidad para sus charlas. Decidieron regresar a la vida placentera de la casa reparadora. Ya el frío puneño, la oscuridad y el silencio de los pájaros anunciaban el reinado de la noche.

En su mesa de trabajo, Manuel le escribía su última carta a San Martín, diciéndole: “Mi corazón toma aliento cada instante que pienso que usted se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria, y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Empeñese en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir no solo como amigo, sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia”.

Guardó la misiva en un sobre y llamó para que un jinete la llevara. Una angustia reprimida le estrujaba el corazón.

## **Yatasto nuevamente**

Hacia casi dos años que Belgrano había recibido allí el mando del Ejército Auxiliar del Norte, o del Perú, de manos de Pueyrredón. Ahora le tocaba depositar ese mando en manos del coronel San Martín. Sentimientos contradictorios bullían en la cabeza de Manuel: por un lado la recurrente desazón de sentir que había fracasado, juicio que no compartían ni sus oficiales ni el propio San Martín, quien le manifestara su admiración por medio de misivas. Por otro lado sentía la alegría y el entusiasmo de que San Martín se hiciese cargo de sus tropas. Estaba convencido, y así se lo había hecho saber por escrito, que era el militar indicado para ganar la guerra del norte.

Por las noches, en la soledad de su alcoba, luchaban denodadamente en su mente su sentimiento de responsabili-

dad por las derrotas contra la voz interior que le recordaba sus actitudes revolucionarias, sus disposiciones a asaltar el objetivo que la Patria le requiriera sin medir si estaba o no en condiciones. No encontraba respuesta a las contradicciones planteadas.

Desechando esas angustias que lo acosaban, se dedicó a ponerse bien, a recomponer su organismo para recibir al héroe de San Lorenzo con su mejor prestancia.

El sol comenzaba a declinar cansado ya de haber calentado esas tierras durante todo el día, haciendo llegar la temperatura a valores muy altos, los que por suerte habían ido bajando hasta ese momento, en que una brisa leve le daba un toque agradable a esa tarde que pronto se haría noche. Algunas nubes negras preanunciaban prontas lluvias.

Belgrano llegó a la posta con una fuerte agrupación de sus mejores soldados. Había desvestido y desarmado a muchos otros para que estos que aquí formaban lucieran como el mejor ejército. Quería recibir a San Martín con los mayores honores. Había ordenado pasarle a la posta una nueva mano de cal a las paredes de adobe encalado y limpiar las habitaciones interiores.

Don José, como ya le decían, llegó con una apreciable escolta. Se apeó —ya lo había visto a Belgrano parado solo delante de su tropa— y se dirigió con paso firme a su encuentro. Iba vestido con un impecable uniforme militar, con dorados en sus charreteras de coronel y botones, un blanco corraje que sujetaba a su izquierda la funda de su sable corvo, un gorro bicornio costal azul con galones tam-

bién dorados y unas lustrosas botas negras altas. Inconscientemente Belgrano envidió ese uniforme, al compararlo con el suyo, remendado y desteñido por el sol y las lluvias.

El abrazo que se dieron, antes de decirse alguna palabra, fue una muestra física del aprecio y respeto que se profesaban mutuamente. Belgrano lo invitó a pasar al salón principal de la posta y a partir de allí comenzaron a tratarse de don José y don Manuel.

—Es una alegría enorme conocerlo personalmente general —le dijo el recién llegado al que lo recibiera.

—La alegría es mía, coronel. Siéntese, por favor. Me gustaría agasajarlo con algo después de tan extenuante viaje: puedo servirle un brandy, que generosamente me obsequió para ofrecérselo a usted Feliciano Chiclana, gobernador de Salta; dice que se lo apropiaron a los godos; y si no, unos buenos amargos con yerba misionera.

—Agradézcale a Chiclana de mi parte su generosidad y simbolismo por tratarse de un brandy arrancado a los realistas, pero a estas horas prefiero el mate, don Manuel.

Belgrano hizo señas a Luriel, quien aguardaba en la cocina en donde alimentaba las llamas de un bracero, y este se abocó a preparar la infusión. La habitación en la que estaban era la más amplia del caserón; había sido limpiada y acondicionada para este encuentro; tenía una enorme mesa, dos fuertes sillas en las que se sentaron los militares y una pequeña mesita y silla en la cocina, donde Luriel maniobraba los elementos para el mate. Aparte de los dos generales y el guaraní, no había nadie más dentro de la posta; afuera sí

existía una fuerte custodia, en realidad innecesaria ante tanta concentración de soldados.

–Nobleza obliga –dijo Manuel–. Quiero agradecerle, antes que nada, los cuadernillos que usted redactara y me enviara al comenzar yo la campaña sobre el Alto Perú. Esas opiniones de maestros de la guerra me fueron de mucha utilidad; sobre todo los consejos sobre las mejoras que convenía introducir en la organización de las diversas armas, especialmente en la caballería. Queda claro que es más útil una caballería armada de lanzas que con armas de fuego; eso lo asimilé y lo apliqué con eficacia.

–¡Sabía que así iba a ser! –Luego de ese intercambio San Martín arrancó con lo que le interesaba plantearle–. Vengo a pedirle órdenes como su subordinado –le espetó con franqueza mirándolo a los ojos.

–¡Por favor, don José! Sé que usted tiene que relevarme, y yo lo veo, además de como mi sucesor, como mi maestro y el salvador de la Patria en estos parajes.

–Le confieso, don Manuel, que me repugna asumir el mando en jefe, humillando a un general ilustre como usted y ofendiendo a oficiales valerosos de este glorioso y desgraciado ejército. Así se lo he mandado a decir al gobierno.

–Ni usted ni yo, general –dijo Belgrano–, podemos darnos el lujo de desobedecer a este gobierno débil y contradictorio, si es que no queremos contribuir a la anarquía.

San Martín había escrito a Buenos Aires negándose a asumir el recambio y el gobierno le había contestado con un emisario enviado para comunicarle personalmente que

el Gobierno consideraba una necesidad militar la remoción de Belgrano y el mando en jefe de San Martín, una conveniencia pública. Le sumaron a la orden una carta donde contestaban específicamente sobre el argumento de San Martín que razonaba sobre el “disgusto que ocasionaría en el esqueleto del Ejército del Perú su nombramiento de Mayor General”. “Tenemos un gran disgusto”, le respondieron, “por el empeño de usted en no tomar el mando en jefe, y crea que nos compromete mucho la conservación de Belgrano”.

Luriel acercó su sillita para cebarles mate. San Martín le pidió porongo y pava: –Gracias, cabo–. Nosotros nos cebaremos.

Belgrano aprovechó para presentarle al guaraní: –El cabo se llama Luriel, es misionero y nos acompaña desde la expedición al Paraguay. Luriel se cuadró y don José le extendió su mano.

–Me alegra conocer a un combatiente de esa admirable campaña –dijo.

–Campaña que fue denostada por el gobierno que me puso como chivo expiatorio –aclaró Belgrano–. Cabo, espere afuera; cualquier cosa que necesitemos lo llamaremos.

Luriel, sin decir palabra, se cuadró y retiró discretamente.

–Hay veces –dijo don José– que quienes nos gobiernan parecen ser continuadores de los que gobernaban antes y logramos echar. Y mandan sin saber mandar a la distancia. Y no entienden las decisiones que tomamos los que, urgidos por las necesidades, actuamos en soledad sin consultar porque no hay tiempo para ello. A usted, general, no le perdonaron querer reafirmar la independencia creando una

bandera, y mucho menos la liberación de prisioneros después del triunfo de Salta.

—Es cierto. Todavía hay patriotas que no quieren desprenderse de la máscara de Fernando para gobernar.

—¡Es una actitud ingenua! —se sonrió San Martín—. Temen que si se descubre la intención de ser libres les caerá toda la Santa Alianza encima.

—Y en eso de los prisioneros —agregó Belgrano— no entienden que a veces las actitudes magnánimas pesan más que ganar un combate. Tengo información de la región del Cuzco donde muchos oficiales y combatientes oriundos de allí regresaron de Salta influenciados por nuestras ideas revolucionarias. El oficial americano José Angulo, uno de los por mí liberados, encabezó la insurrección en el Cuzco, que implantó un gobierno provisional compuesto por tres individuos. Esta insurrección produjo un terror profundo en Lima. Pezuela separó de su ejército una división de 1.200 hombres bajo el mando del mariscal de campo Juan Ramírez que marchó prontamente a sofocar ese levantamiento, lográndolo por cierto con una gran masacre.

Belgrano se calló un instante y luego, con una mueca de sufrimiento agregó: —Siempre se divierten los que están lejos de las balas, y no ven la sangre de sus hermanos, ni oyen los clamores de los infelices heridos... Por fortuna dan conmigo que me río de todo, aunque también me embronco, y hago lo que me dicta la razón, la justicia y la prudencia; y no busco glorias, sino la unión de los americanos y la prosperidad de la Patria.

Quedaron un instante en silencio. Luego San Martín opinó:

–Coincido totalmente con usted, don Manuel. Además me molesta mucho que nuestro gobierno no conozca estas informaciones sobre la insurrección en el Cuzco.

–Yo se las he enviado, pero no me consta que las utilicen. Por eso mismo, don José, no echemos más leña al fuego; yo mismo solicité oportunamente mi relevo del mando; sabía bien que la derrota exige siempre su tributo. Asuma usted como comandante en jefe de este cansado, andrajoso, pero valeroso y digno ejército y yo seré su humilde subordinado.

San Martín lo miró como sopesando lo que el otro le aconsejaba. Confirmaba al escucharlo que Belgrano era un alma franca y generosa; le cebó un mate, se rascó la nuca como quien se saca decisiones amargas de encima y le dijo: –Admiro su humildad don Manuel y su serenidad para ver las cosas. Acepto transitoriamente su consejo; en el interín será usted el jefe del 1<sup>er</sup> Regimiento, que sé que es su apreciado regimiento.

–Gracias, querido amigo –dijo Belgrano–. Haremos una merecida parada para comunicarle al Ejército la designación de su nuevo jefe.

San Martín se paró, fue hasta la mesita al lado del bracerero, cambió la yerba, y mientras lo hacía observó un mapa de la región que Belgrano había hecho colocar sobre una de las paredes.

Belgrano vio la mirada del otro y le dijo: –Quisiera informarle el cuadro de situación de la zona, mostrarle los desplazamientos del enemigo y los asentamientos de nuestras fuerzas.



San Martín estuvo de acuerdo. Se pararon ambos frente al mapa y Belgrano comenzó a pasar su informe al ahora jefe suyo, mientras este cebaba mate.

–Le aconsejo, don José –dijo Belgrano luego de mostrarle el panorama general, que conviene hacerse fuerte en Tucumán, donde existen mejores condiciones para asentar un ejército y reorganizarlo logísticamente.

–Habrá que trabajar con la moral y la disciplina –dijo San Martín y Belgrano asintió agregando:

–Es importante atender el tema de la religiosidad popular, ya que los españoles nos acusan de herejes. Goyeneche fanatizó a sus soldados haciéndoles creer que los que morían por el Rey eran mártires de la religión y volaban al cielo a gozar de una eterna gloria. Ese es otro campo de lucha. No deje usted de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra generala, y no olvide los escapularios a la tropa.

–¿Y de sueldos, cómo está la tropa?

–Mal, muy mal. Le confieso que mientras pude me hice cargo de solventar una parte con mi pecunio personal que mandé a pedir a Buenos Aires; pero eso duró muy poco.

San Martín profirió una puteada: –Eso también es inoperancia de un gobierno. ¿Así piensan ganar la guerra? Tenga seguridad, don Manuel, que los emplazaré en forma terminante.

Siguieron departiendo como viejos amigos, poniéndolo Belgrano en conocimiento de cuestiones inherentes al ejército, a su Estado Mayor, a la población, a los indígenas,

a la topografía de la región, y San Martín preguntándole sobre aspectos puntuales. Esa conversación franca se llevó el consumo de tres pavas y varias ensilladas del porongo.

Belgrano se puso a sus órdenes en calidad de simple jefe de regimiento, y dio el ejemplo de ir a recibir humildemente las lecciones de tácticas y disciplina que comenzó a dictar el nuevo general. Un mes duró en ese cargo hasta que el gobierno no lo toleró más y lo separó del Ejército Auxiliar del Norte, emplazándolo a viajar sin demoras a Buenos Aires. Una vez allí sería arrestado y procesado. La injusticia volvía a enseñorearse sobre Manuel. Él fue hijo de la revolución, pero también el díscolo incorregible. Vivió tolerado por gobiernos que siempre lo reprendían y acusado por Consejos de Guerra que cada tanto lo sancionaban. ¡Hasta por crear la bandera fue amonestado!

El segundo Triunvirato, sin pérdida de tiempo, inició una causa sumaria para esclarecer qué causas influyeron en las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma y designó una comisión integrada por Ugarteche, Jonte y Justo José Nuñez para que se instalara en Tucumán a recabar datos y pruebas. A dicha comisión le ordenó por decreto: “A la Comisión destinada a las Provincias interiores: Siendo sumamente importante el averiguar los motivos de las desgracias sucedidas al Ejército destinado a las Provincias interiores, en sus dos últimas acciones al mando del General Belgrano, ... analizando por todos los medios la conducta de los jefes que dirigieron las referidas acciones, ... y qué causas hayan influido en su mal resultado, dando cuenta usted inmediatamente de todo.

Buenos Aires, diciembre 27 de 1813. Juan Larrea. Gervasio Posadas. Nicolás R. Peña. Manuel Moreno, Secretario”.

Belgrano se reconfortaba con las muestras de cariño, admiración y respeto de sus camaradas de armas, en encuentros que el propio San Martín se preocupó de organizar. Comenzó su regreso a Buenos Aires, apesadumbrado y enfermo. En la galera que lo transportaba, con cochero y postillón más cuatro granaderos de escolta puestos por San Martín, se preguntaba por qué la discordia, la desconfianza, el enfrentamiento, que inclusive llegaba hasta el odio, se instalaba entre patriotas, compañeros y amigos. ¿Así pensaban construir una nueva nación? Esas preguntas rebotaban en su mente y lo volvían más apesadumbrado y pesimista.

Al llegar a Villa de Luján se agravó su salud y solicitó poder descansar, en carácter de detenido, en una quinta cercana a Córdoba, gentilmente ofrecida por un amigo. El gobierno accedió a ello. En esa quinta comenzó a escribir sus Memorias. Sabiendo que le esperaba un Consejo de Guerra, le escribió a Gervasio Posadas confesándole que su defensa ante el mismo se reduciría a decir que él nada sabía de estrategia y táctica militares, y que, a pesar de eso, sus paisanos se habían empeñado en hacerlo general.

En contra de la intención del gobierno, la opinión popular erigía a Belgrano en héroe, y no iba a existir fuerza alguna que osara castigarlo sin arriesgarse al repudio generalizado. Además, la comisión instalada en Tucumán, pese a la insistencia del Triunvirato, no encontró pruebas concretas que pudieran incriminar a Belgrano con el cargo de

mal desempeño de su función. El Triunvirato decidió entonces sobreseerlo en la causa antes que tener que soportar otro tipo de problemas.

A Manuel Belgrano le restituyeron todos sus méritos y honores.

San Martín renunció cuatro meses después alegando razones de salud, pero ya pensando en abrir la ofensiva por mar hacia Lima, siendo reemplazado en el Ejército Auxiliar por el coronel José Rondeau. Corría el año de 1814.

La Patria seguía siendo una entelequia.